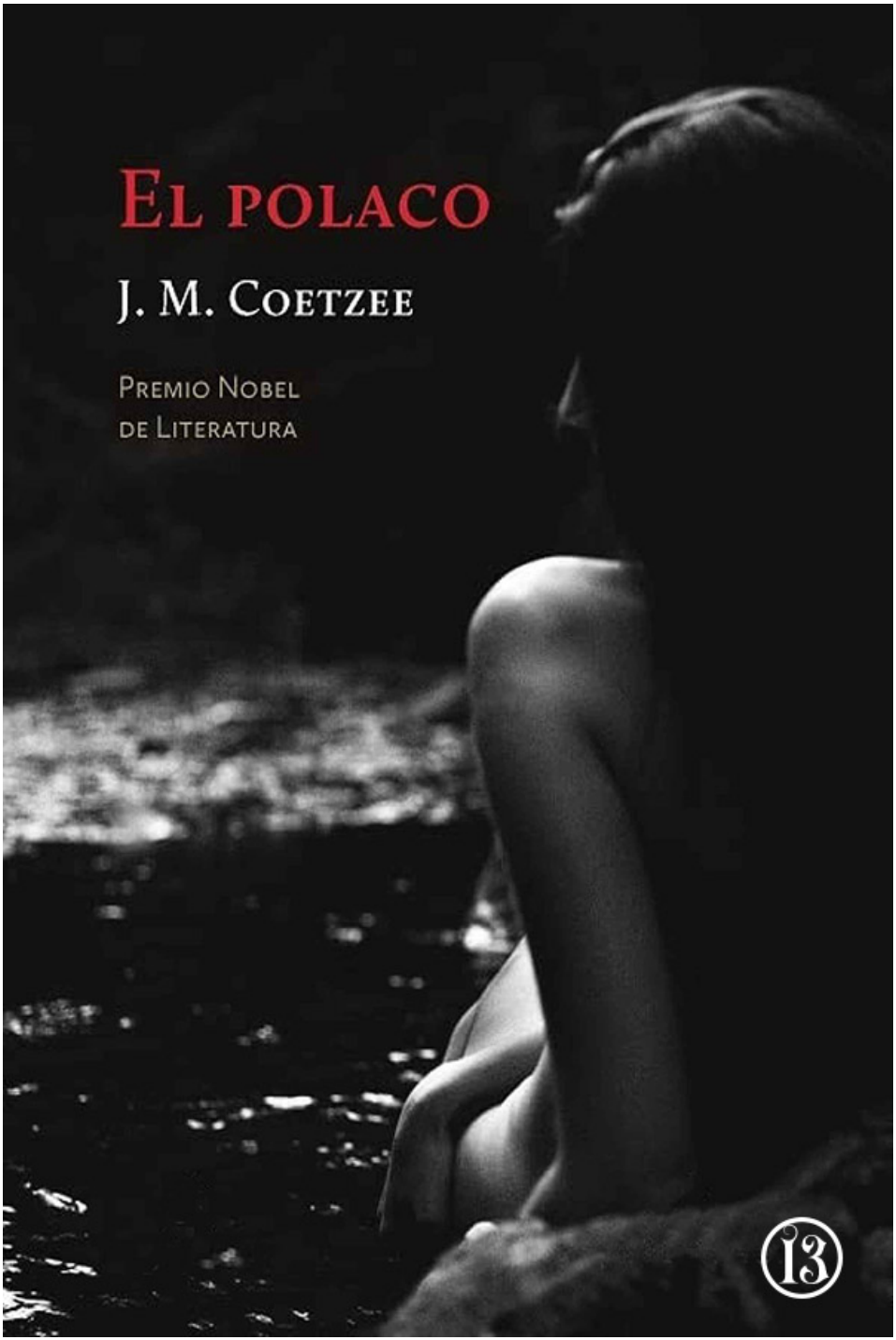

El polaco
J. M. Coetzee
Premio Nobel
de Literatura
13

Provocativa variación de una historia legendaria, en esta nueva y breve novela de J.M. Coetzee un hombre y una mujer se encuentran. El escenario es la ciudad de Barcelona, lo que los une en un principio es la música de Chopin. Pero ese encuentro no sucede del modo en que ni uno ni el otro lo hubiera deseado, y sin embargo esta historia algo trágica e incompleta recrea una de las más clásicas leyendas de amor de la literatura occidental. Las barreras no son solo del orden de los sentimientos. Witold es polaco y Beatriz es española, y en un principio solo tienen la lengua inglesa para hacerse entender. Más tarde, la forma más esquiva de la traducción será la clave para un último acercamiento entre ambos.

Diferencias de gustos, diferencias culturales, diferencias de los sexos: sobre estas tensiones está narrada esta variación moderna e irónica de la historia de Dante y Beatrice. Para lograrlo, J.M. Coetzee hace un cambio rotundo de perspectiva, pues lo feliz y lo fallido de este amor a medias está contado desde la perspectiva precisa, sincera y aguda de su protagonista mujer.

J. M. Coetzee

El polaco

Título original: *The Pole*
J. M. Coetzee, 2022
Traducción: Mariana Dimópulos, 2022

-

Revisión: 1.0

21/01/2023

Agradecimientos

Mi agradecimiento a María Soledad Costantini, Mariana Dimópulos, Georges Lory, Valerie Miles y Dolores Udina por sus consejos y asesoramiento durante la composición de este libro.

CAPÍTULO 1

1. La mujer es la primera en causarle problemas, seguida pronto por el hombre.

2. Al principio tiene una idea perfectamente clara de quién es la mujer. Es alta y grácil; según los estándares convencionales, acaso no sea calificable como una belleza, pero sus rasgos —cabello y ojos oscuros, pómulos marcados, boca prominente— son llamativos y su voz, en leve contralto, tiene un suave poder de atracción. ¿*Sexy*? No, no es *sexy*, y sin dudas no es seductora. Es posible que haya sido *sexy* cuando era joven —¿cómo no haberlo sido con semejante figura?— pero ahora, con sus cuarenta y tantos, practica un cierto aire de lejanía. Camina —esto se nota especialmente— sin balancear las caderas, deslizándose sobre el suelo de manera muy recta, casi noble.

Así resumiría él su aspecto exterior. En lo referente a ella misma, a su alma, habrá tiempo para que esto se devele. De una cosa está convencido: ella es una buena persona, amable, amigable.

3. El hombre es más problemático. En la idea, como queda dicho, resulta perfectamente claro. Es polaco, ronda los setenta, unos setentas vigorosos, es un pianista conocido como intérprete de Chopin, pero un intérprete controvertido: su Chopin no es nada romántico sino, por el contrario, austero, un Chopin heredero de Bach. En este sentido es una rareza en el ambiente de los conciertos, rareza suficiente para atraer a un público pequeño pero entendido en Barcelona, la ciudad a la que ha sido invitado, la ciudad en la que

conocerá a esa mujer grácil, de hablar suave.

Pero apenas el polaco ha salido a la luz, empieza a cambiar. Con su imponente melena de cabello plateado y sus interpretaciones idiosincráticas de Chopin, el polaco promete ser un personaje lo bastante distinguible. Pero en cuestiones del alma y de los sentimientos, es tan problemático como opaco. Sin dudas, pone el alma en su música; pero el alma que lo gobierna es la de Chopin, no la propia. Y si esa alma resulta extrañamente seca y severa, acaso señale en su propio temperamento una cierta aridez.

4. ¿De dónde vienen el alto pianista polaco y la elegante mujer que camina como deslizándose, la esposa de banquero que ocupa sus días en obras benéficas? Todo el año han estado tocando a la puerta, queriendo que les abran o que los descarten y los dejen en paz. Ahora, al fin, ¿ha llegado su hora?

5. La invitación para el polaco llega de un círculo que organiza recitales mensuales en la Sala Mompou, en el Barrio Gótico de Barcelona, tarea que el círculo viene llevando a cabo desde hace décadas. Los recitales están abiertos al público, pero las entradas son caras y la audiencia tiende a ser de gente adinerada, de cierta edad, y conservadora en sus gustos.

La mujer en cuestión —su nombre es Beatriz— es miembro del comité que administra las series de conciertos. Cumple su rol como una obligación civil, pero también porque cree que la música es buena en sí misma, tal como el amor es bueno, o la caridad, o la belleza, y buena además por hacer a las personas mejores personas. Y si bien está muy consciente de que sus creencias son ingenuas, las sostiene de todas formas. Ella es una persona inteligente pero no reflexiva. Una parte de su inteligencia consiste en saber que un exceso de reflexión puede paralizar la voluntad.

6. La decisión de invitar al polaco, cuyo apellido tiene tantas w y z que nadie del comité siquiera trata de pronunciarlo —se refieren a él

simplemente como «el polaco»— ha llegado solo tras algunas meditaciones y evaluaciones. Su candidatura no fue propuesta por ella, Beatriz, sino por su amiga Margarita, el espíritu que anima la serie de conciertos; Margarita en su juventud estudió en el conservatorio de Madrid y sabe mucho más que ella de música.

El polaco, dice Margarita, abrió el camino a una nueva generación de intérpretes de Chopin en su país natal. Y hace circular una reseña de un concierto que él dio en Londres. Según el reseñador, la moda de un Chopin duro, percusivo —Chopin como Prokofiev— ha pasado. No había sido más que una reacción modernista contra la calificación del maestro franco-polaco como un espíritu delicado, soñador, —femenino—. El Chopin ahora emergente, históricamente auténtico, es de tono suave e impronta italiana. La lectura revisionista de Chopin por parte del polaco, aun cuando hasta cierto punto esté sobreintelectualizada, debe ser celebrada.

Ella, Beatriz, no está segura de querer escuchar una velada repleta de un Chopin históricamente auténtico ni tampoco, en lo puntual, de si el Círculo más bien formal lo vería con buenos ojos. Pero Margarita tiene una opinión muy firme sobre el asunto, y Margarita es su amiga, de modo que ella le da su apoyo.

Por tanto, la invitación para el polaco había sido enviada, con una fecha propuesta y unos honorarios propuestos, ambos aceptados.

Ahora ha llegado el día. El polaco ha volado desde Berlín, ha sido recogido en el aeropuerto y conducido al hotel. El plan para esa noche es que, tras el recital, ella, junto con Margarita y el esposo de Margarita, lo lleven a cenar.

7. ¿Por qué el esposo de Beatriz no será de la partida? La respuesta: porque él nunca participa de los eventos del Círculo de Conciertos.

8. El plan es lo bastante simple. Pero después aparece un contratiempo. La mañana en cuestión, Margarita llama por teléfono

para decir que ha caído enferma. Esta es la expresión algo formal que utiliza: *he caído enferma*. ¿De qué ha caído enferma? No lo dice. Lo deja en vaguedades, con deliberación, parecería. Pero no irá al recital. Tampoco su esposo. Por consiguiente podrá ser ella, Beatriz, quien por favor asuma los deberes de hospitalidad, lo que quiere decir organizarlo todo para que el invitado sea trasladado del hotel al auditorio en el horario adecuado, y entretenerlo después, si quiere ser entretenido, de modo que cuando regrese a su país natal pueda decir a sus amigos *Sí, la pasé bien en Barcelona en general. Sí, me atendieron muy bien*.

—Vale —dice Beatriz— lo haré. Y espero que te mejores pronto.

9. Ella conoce a Margarita desde que eran pequeñas, desde el colegio de monjas; siempre ha admirado el espíritu de su amiga, su iniciativa, su aplomo social. Ahora tiene que ocupar su lugar. ¿Qué implicará entretener a un hombre en su fugaz visita a una ciudad desconocida? Seguramente, a su edad, no estará esperando sexo. Pero sin dudas esperará que lo halaguen, hasta que lo inviten a algún flirteo. El flirteo no es un arte que a ella le haya interesado dominar nunca. Margarita es diferente. Margarita tiene habilidad para lidiar con los hombres. Más de una vez ha observado, divertida, a su amiga dedicada a sus conquistas. Pero Beatriz no siente deseo alguno de imitarla. Si su invitado tiene grandes expectativas en el campo del flirteo, quedará decepcionado.

10. El polaco, según Margarita, es un pianista «verdaderamente memorable». En París, ella lo escuchó una vez *en carne y hueso*. ¿Es posible que algo haya pasado entre los dos, entre Margarita y el polaco, *en Carney hueso*, y que, una vez organizada la visita a Barcelona, Margarita se haya echado atrás en el último minuto? ¿O acaso el esposo se cansó y promulgó alguna orden de prohibición? ¿Habrá que interpretar así el «caído enferma»? ¿Por qué todo tendrá que ser tan complicado?

¡Y ahora es ella quien debe ocuparse del extranjero! No hay motivo para esperar que el polaco hable español. ¿Y si tampoco hablara inglés? ¿Qué pasa si es el tipo de polaco que habla francés? Los únicos miembros del Círculo de Conciertos que hablan francés son los Lesinski, Ester y Tomás; y Tomás, que tiene ya más de ochenta, se ha puesto un poco enclenque. ¿Cómo se sentirá el polaco si, en lugar de la vivaz Margarita, le presentan a los decrépitos Lesinski?

Ella no está ansiosa por que llegue la noche. ¡Qué vida, la de un artista itinerante!, piensa. Los aeropuertos, los hoteles, todos distintos y sin embargo iguales; los anfitriones que debe soportar, todos distintos y sin embargo iguales: entusiastas mujeres de mediana edad con sus acompañantes, aburridos esposos. Suficiente para apagar cualquier chispa que haya en el alma.

Al menos ella no es demasiado efusiva. Ni tampoco es muy habladora. Si tras su *performance* el polaco quiere retraerse en un silencio malhumorado, ella contestará con su propio malhumor.

11. Ocuparse de la producción de un concierto, asegurarse de que todo marche sin complicaciones, no es asunto menor. Ahora, la carga ha caído de lleno sobre ella. De modo que se pasa la tarde en la sala de conciertos, persiguiendo al equipo (el supervisor es, según su experiencia, propenso a la demora) y chequeando detalles. ¿Es necesario hacer una lista de los detalles? No. Pero es por su atención a los detalles que Beatriz demostrará poseer las virtudes de la diligencia y la habilidad. En comparación, el polaco demostrará ser poco práctico, carente de iniciativa. Si es posible concebir la virtud como una cantidad, entonces la mayor parte de la virtud del polaco ha sido gastada en su música; poco y nada le queda para lidiar con el mundo, mientras que la virtud de Beatriz está consagrada por igual en todas direcciones.

12. Las fotos de promoción muestran a un hombre de perfil anguloso, con una mata de pelo blanco, que mira intensamente

hacia un punto indefinido a media distancia. La biografía que la acompaña dice que Witold Walczykiewicz nació en 1943 y dio su concierto debut a la edad de catorce años. Pone además una lista de los premios que ganó y algunas de sus grabaciones.

Ella se pregunta cómo será haber nacido en 1943 en Polonia, en el medio de la guerra, sin tener otra cosa para comer que sopa de col y piel de patatas. ¿Queda entorpecido el crecimiento físico? ¿Y qué será del espíritu? ¿Demostrará Witold W llevar las marcas, en sus huesos, en su espíritu, de una niñez de hambre?

Un bebé que llora en la noche, llora hambriento.

Ella nació en 1967. En 1967 nadie en Europa tenía que tomar sopa de col: nadie en Polonia, nadie en España. Ella no ha conocido el hambre. Nunca. Una generación bienaventurada.

Sus hijos también han sido bienaventurados. Resultaron ser jóvenes enérgicos y muy involucrados en proyectos independientes en pos de una vida exitosa. Si alguna vez lloraron de noche, fue por la irritación del pañal, o por simple petulancia, no porque estuvieran muriendo de hambre.

En su persecución del éxito, sus hijos se parecen al padre, no a la madre. Su padre ha tenido un éxito indudable en la vida. Con respecto a la madre, no es tan seguro. ¿Es suficiente con haber propulsado hacia el mundo a unos seres masculinos, enérgicos y bien alimentados, como aquellos dos?

13. Ella es una persona inteligente, bien educada, culta, una buena esposa y madre. Pero no la toman en serio. Tampoco a Margarita. Tampoco al resto de su círculo. Mujeres de sociedades benéficas: no es difícil mofarse de ellas. Objeto de burlas por sus buenas obras. Objeto de burlas por sí mismas. ¡Qué destino risible! ¿Habrá sospechado alguna vez que esto era lo que le esperaba?

Acaso por eso Margarita ha preferido caer enferma hoy y no otro día. *¡Basta!* Estará cansada de las buenas obras.

14. Su propio esposo mantiene distancia respecto del Círculo de

Conciertos, pues cree en la separación de las esferas de actividad. La esfera de actividades de una esposa debe pertenecerle solo a ella.

Se han ido apartando, ella y su esposo. Fueron compañeros de estudios; para ella, él fue su primer amor. En aquella primera época sentían una gran pasión uno por el otro, insaciable. Esa pasión continuó aun después del nacimiento de los hijos. Luego, un día ya no estuvo más. Él ya había tenido lo suficiente. Ella también. No obstante, ella se ha mantenido fiel. Los hombres le hacen insinuaciones, que ella elude, no porque no sean bienvenidas sino porque todavía no ha dado ese paso, el paso que solo a ella le compete dar, el paso del no al sí.

15. La primera vez que ve al polaco, en carne y hueso, es cuando él entra dando zancadas al estrado, hace una reverencia y se sienta ante el Steinway.

Nacido en 1943, por tanto, de setenta y dos años. Se mueve con ligereza; no aparenta su edad.

Ella se sorprende de lo alto que es. No solo es alto sino que es grande; tiene un pecho que parece no caber dentro de la chaqueta. Inclinado sobre el teclado, tiene el aspecto de una gran araña.

Difícil imaginar unas manos tan grandes como aquellas extrayendo algo delicado y dulce de un teclado. Y sin embargo lo hacen.

¿Tendrán los pianistas varones una ventaja innata por sobre las mujeres, manos que en una mujer resultarían grotescas?

Hasta ese entonces, ella nunca había pensado demasiado en las manos en general, manos que hacen todo lo que sus dueños pretenden, como criadas obedientes y sin paga. Sus propias manos nada tienen de especial. Son las manos de una mujer que pronto cumplirá cincuenta años. A veces las oculta discretamente. Las manos delatan la edad, al igual que el cuello, al igual que lo hace el doblez de la axila.

En los tiempos de su madre, una mujer todavía podía aparecer en público usando guantes. Guantes, sombreros, velos: últimos rastros de una época extinta.

16. La segunda cosa que le sorprende sobre el polaco es su cabello, que es de un blanco extravagante, de un contorno extravagante que se ondea formando una cresta. ¿Es así como se prepara para un recital?, se pregunta ella. ¿Se sentará en su habitación de hotel mientras un estilista le prepara el peinado? Pero quizá está siendo algo mezquina con él. Entre los maestros de su generación, los herederos del Abbé Liszt, una melena gris o blanca debe ser parte del instrumental estándar.

Años más tarde, cuando el episodio del polaco se haya desvanecido casi en la historia, se preguntará por esas primeras impresiones. Ella cree, en general, en las primeras impresiones, cuando el corazón emite su veredicto, sea tendiéndose hacia el desconocido o rehuyéndolo. Su corazón no se tendió hacia el polaco cuando ella lo vio entrar dando zancadas al estrado, apartarse con una sacudida la melena y volcarse hacia el teclado. El veredicto de su corazón fue: *¡Qué petulante! ¡Qué viejo payaso!* Le tomará un tiempo sobreponerse a esa primera respuesta instintiva y ver al polaco en toda su individualidad. ¿Pero qué significa *toda su individualidad*, realmente? ¿Acaso toda la individualidad del polaco no incluya ser un petulante, un viejo payaso?

17 El concierto de esa noche se divide en dos mitades. La primera consiste en una sonata de Haydn y una *suite* de danzas de Lutoslawski. La segunda mitad está consagrada a los veinticuatro Preludios de Chopin.

El polaco toca Haydn en líneas limpias y concisas, como para demostrar que las manos grandes no necesitan ser torpes, sino que, por el contrario, pueden danzar juntas en forma tan delicada como las de una dama.

Es la primera vez que ella escucha las breves piezas de Lutoslawski. Le recuerdan a Bartók, a sus danzas folklóricas. Le gustan.

Le gustan más que el Chopin que viene a continuación. Puede que el polaco se haya hecho un nombre como intérprete de Chopin, pero el Chopin que ella conoce es más íntimo y más sutil que lo que

este intérprete ofrece. El Chopin de Beatriz tiene el poder de transportarla fuera del Barrí Gotic, fuera de Barcelona, a una sala de estar en una gran casa de campo, una vieja casa en las remotas llanuras polacas, en un largo día estival que se acerca a su fin, con una brisa que mueve las cortinas y el aroma de las rosas colándose dentro.

Ser transportado, ser arrancado fuera de sí: una idea anticuada, con toda probabilidad, de lo que la música hace con su auditorio; anticuada y, probablemente, también sentimental. Pero eso es lo que ella desea en esta noche en particular, y eso es lo que el polaco no le brinda.

Tras el último de los Preludios, el aplauso es cortés pero no entusiasta. Ella no es la única que ha venido a escuchar a Chopin tocado por un verdadero polaco y ha sido decepcionada.

Como bis, como gesto a sus anfitriones, el polaco ofrece una pieza breve de Mompou, tocada de forma bastante sumaria, luego sin ni una sonrisa se esfuma del escenario.

¿Ocurre que está de mal humor hoy o siempre es así? ¿Llamará a casa para quejarse de la recepción propinada por esos filisteos catalanes? ¿Habrá una madame polaca allá en casa que escuche sus lamentos? No parece un hombre casado. Parece un hombre con varios divorcios complicados por detrás, y exesposas que, apretando los dientes, le desean lo peor.

18. El polaco, resulta ser, no habla francés. Sin embargo, habla inglés, aunque a su modo; en lo que a ella concierne, Beatriz, tras sus dos años en Mount Holyoke, lo habla con fluidez. Por tanto, los Lesinskis y su poliglotismo están de más. Pero de todas formas son bienvenidos, pues le quitan algo de aquel peso de anfitriona de los hombros. Ester en particular. Ester puede que sea vieja y encorvada, pero es más aguda que un alfiler.

19. Lo llevan al restaurante al que llevan a los intérpretes habitualmente, un local italiano de nombre Boffinis con demasiado

terciopelo verde botella en la decoración pero con un chef milanés de fiar.

Una vez que se han sentado, Ester es la primera en tomar la palabra.

—Debe ser difícil, maestro, volver a tierra después de haber estado en las nubes con esa música sublime.

El polaco inclina la cabeza, ni asintiendo ni negando eso de las nubes donde ha estado. De cerca es menos fácil ocultar las marcas de la edad. Tiene bolsas bajo los ojos; la piel le cuelga en el cuello; hay manchas sobre el dorso de sus manos.

Maestro. Mejor será resolverlo rápido, el tema de los nombres.

—Si me permite —dice Ester— ¿cómo le parece que lo llamemos? En España, los apellidos polacos nos resultan difíciles, como ya se habrá dado cuenta. Y no podemos seguir llamándolo «maestro» durante toda la noche.

—Mi nombre es Witold —dice él—. Me pueden llamar Witold. Por favor.

—Y yo soy Beatriz. Nuestros amigos aquí son Ester y Tomás.

El polaco alza un vaso vacío hacia sus tres nuevos amigos: Ester, Tomás, Beatriz.

—Estoy segura, Witold —dice Ester—, de que no soy la primera en confundirlo con ese famoso actor sueco, usted sabe a quién me refiero.

El rastro apenas de una sonrisa cruza por la cara del polaco.

—Max von Sydow —dice él—. Mi hermano malvado. Me sigue adonde vaya.

Ester tiene razón: la misma cara larga, lúgubre, los mismos ojos celeste pálido, la misma postura recta. Pero la voz es decepcionante. Le falta la resonancia cavernosa del hermano malvado.

20. —Háblenos de Polonia, Witold —dice Ester—. Cuéntenos por qué su compatriota Frédéric Chopin prefirió vivir en Francia en lugar de en su tierra natal.

—Si Chopin hubiera vivido más tiempo hubiese regresado a Polonia —responde el polaco, manejando los tiempos y modos

verbales con cautela pero correctamente—. Era joven cuando marchó, era un joven cuando murió. Los hombres jóvenes no son felices en casa. Buscan aventura.

—¿Y usted? —dice Ester—. ¿Usted tampoco era feliz en su país natal cuando era joven?

Es una oportunidad para que el polaco les cuente acerca de cómo fue ser joven e inquieto en su poco feliz tierra natal, sobre su anhelo de escapar a Occidente, decadente pero emocionante, pero no la aprovecha.

—La felicidad no es lo más importante… no es el sentimiento más importante —dice—. Cualquiera puede ser feliz.

Anyone can be happy. Cualquiera puede ser feliz pero hace falta alguien extraordinario para ser infeliz, alguien extraordinario como yo… ¿es eso lo que quiere que infieran de sus palabras? Ella se oye decir:

—¿Cuál es, si no, el sentimiento más importante, Witold? Si la felicidad no es importante, ¿qué es importante?

Se hace un silencio en la mesa. Beatriz nota un rápido intercambio de miradas entre Ester y su esposo. *¿Beatriz tendrá pensado complicarnos las cosas? Estas horas difíciles que nos quedan por delante… ¿las hará más difíciles aún?*

—Yo soy músico —responde el polaco—. Para mí música es lo más importante.

For me music is most important. El polaco no está respondiendo a su pregunta, la está evadiendo, pero qué importa. Lo que a ella le gustaría preguntar, aunque no lo hace, es: *¿Qué pasa con Madame Witold? ¿Qué siente ella cuando su esposo dice que la felicidad no es lo más importante? O acaso no hay ninguna madame… ¿Madame habrá huido hace tiempo para hallar la felicidad en otros brazos?*

21. El polaco no habla de Madame Witold pero habla de una hija que tuvo formación musical, luego se mudó a Alemania para cantar en una banda y nunca regresó.

—Fui a escucharla una vez. En Düsseldorf. Estuvo bien. Tiene buena voz. Buena voz, buen control, no tan buena música.

—Claro, los jóvenes… —dice Ester—. Nos causan tantos

pesares. De todas formas, debe ser bonito para usted… bonito saber que alguien continúa con la línea musical en la familia. Y su país… ¿cómo están las cosas en su país en la actualidad? Recuerdo al buen Papa, era de ahí, ¿no? Juan Pablo.

Todo indica que el polaco no quiere ser arrastrado al tema de Juan Pablo el buen Papa. Ella, Beatriz, no considera que Juan Pablo haya sido un buen Papa. Ni siquiera un buen hombre. Desde el principio le dio la impresión de ser un intrigante, un político.

22. Hablan del joven violinista japonés que había sido el invitado del mes anterior.

—Una técnica extraordinaria —dice Tomás—. Empiezan muy temprano en Japón, con la educación musical. A los dos, a los tres años, los niños llevan un violín a todas partes. ¡Hasta para ir al lavabo! Es una parte del cuerpo, como otro brazo, el brazo número tres. ¿A qué edad empezó usted, maestro?

—Mi madre era cantante —dice el polaco—, así que en la casa yo oía siempre música. Mi madre fue mi primera instructora. Después otro instructor, después a la academia en Cracovia.

—Así que ha sido siempre pianista. Desde pequeño.

Con aire grave el polaco medita sobre la palabra *pianist*.

—He sido siempre un hombre que toca el piano —dice finalmente—. Como un hombre que recoge los *tickets* en el bus. Es un hombre y recoge los *tickets*, pero no es el hombre de los *tickets*.

De modo que, en Polonia, en los autobuses, todavía hay hombres que recogen los billetes… aún no han sido borrados por la racionalización. Quizá sea por eso que el joven Witold no huyó a París, como sí lo hizo su héroe musical. Porque en Polonia tienen hombres que recogen billetes de autobús y hombres que tocan el piano. Por primera vez, Beatriz empieza a encontrarlo agradable. *Detrás de ese aire solemne*, piensa para sí, *acaso sea un bromista. Solo acaso*.

23. —Debería probar la carne de ternera —dice Tomás—. La carne

de ternera aquí es siempre buena.

El polaco pone reparos.

—Por la noche no tengo un gran estómago —dice.

Y ordena ensalada seguida de gnocchi con pesto.

A big stomach: ¿será un modismo polaco? Sin dudas no tiene un gran estómago. Hasta es un poco —Beatriz usa una palabra que pocas veces ha necesitado— *cadavérico*. Un hombre como ese debería donar su cuerpo a una academia de medicina. Estarían agradecidos de disponer de esos huesos tan grandes donde practicar sus habilidades.

Chopin fue enterrado en París, pero más tarde, si ella recuerda correctamente, alguna organización patriótica o semejante lo hizo exhumar y transportar de regreso a la tierra de su nacimiento. Un cuerpo diminuto, nada de peso. Huesos diminutos. ¿Habrá sido ese hombre diminuto lo bastante grande, lo bastante grandioso, para que alguien le consagre toda su vida… un soñador, al fin y al cabo, un tejedor de elegantes paños hechos de melodías? Una pregunta seria, a su criterio.

Comparada con Chopin, hasta comparada con su discípulo Witold, ella por supuesto no cuenta como persona seria. Ella lo sabe y lo acepta. Pero seguramente tiene derecho a saber si las horas que pasa escuchando pacientemente el tintineo de las teclas del piano o el rasguido producido por el pelo de caballo sobre tiras de tripa, cuando podría estar en las calles dando de comer a los pobres, no son horas perdidas sino que forman parte de un plan mayor y más complejo. *¡Habla!* Quisiera decirle al polaco. *¡Justifica tu arte!*

24. Por supuesto, el hombre no tiene la menor idea de lo que ocurre dentro de ella. Para él, ella es parte de la carga que debe sobrellevar por el bien de su carrera como intérprete: una de esas fastidiosas mujeres adineradas que no lo dejarán en paz hasta que no hayan obtenido a la fuerza su gramo de carne. En este mismo instante, en su inglés correcto pero lento, está relatando una historia del tipo que, supone, una mujer como ella quisiera oír, una historia sobre su primer instructor de piano, quien se sentaba junto a él con una *férula*

y le daba un golpecito en la muñeca cada vez que él cometía un error.

25. —Y ahora tiene que revelarnos, Witold —dice Ester—, de todas las ciudades que ha visitado en el mundo, ¿cuál es la que más le gusta? ¿Dónde, a excepción de Barcelona, por supuesto, le han recibido con mayor afecto?

Sin permitir que el polaco tenga oportunidad de responder, de develar cuál de las ciudades del mundo es su favorita, ella, Beatriz, interrumpe.

—Antes de que nos diga eso, Witold, ¿podemos regresar por un momento a Chopin? ¿Qué piensa, por qué Chopin sigue en vida? ¿Por qué sigue siendo tan importante?

El polaco la examina con frialdad.

—¿Por qué es importante? Porque nos habla de nosotros. De nuestros deseos. Que a veces no son claros para nosotros. Esa mi opinión. Que son deseos a veces por algo que no podemos tener. Eso que está más allá de nosotros.

—No entiendo.

—No entiende porque yo no explico bien en inglés. Tampoco en otra lengua. Ni siquiera en polaco. Para entender hay que estar en silencio y escuchar. Dejar hablar a la música, entonces uno entiende.

Let the music speak. Ella no está satisfecha con esa respuesta. El hecho es que ella, esta noche, ha estado escuchando atentamente la música, y no le ha gustado lo que escuchó. Si los Lesinski no estuvieran ahí, si ella estuviese sola con este hombre, presionaría un poco más. *No es Chopin el que no logra hablarme, Witold, sino tu Chopin, el Chopin que te utiliza* a ti *como su médium*, eso es lo que ella le diría. *Claudio Arrau, ¿lo conoces?* —continuaría diciendo ella—, *Arrau sigue siendo para mí un mejor intérprete, un mejor médium. A través de Arrau Chopin le habla a mi corazón. Pero claro, Arrau no era polaco, de modo que quizá había algo ante lo que él era sordo, algún rasgo del misterio de Chopin que los extranjeros nunca entenderán*.

26.La velada ha transcurrido. En la puerta del Boffinis, los Lesinski se despiden («¡Un privilegio, maestro!»). A ella le queda llevar al polaco de regreso a su hotel.

Sentados uno junto al otro en el taxi, ya habiendo conversado lo que había para conversar, quedan en silencio. */Qué día!*, piensa ella. Está ansiosa por meterse en la cama.

Percibe perfectamente el olor de él, el olor a sudor masculino y agua de colonia. Claro, siempre hace calor en la plataforma bajo las luces. Y el esfuerzo, el esfuerzo físico, de golpear todas esas teclas, una tras otra, en el orden correcto… De modo que acaso pueda disculparse el olor. De todas formas…

Llegan al hotel. «Good night, gracious *lady*», dice el polaco. Le toma la mano y la aprieta.

—Gracias. Gracias también por sus profundas preguntas. No olvidaré.

Y se va.

Ella se inspecciona la mano. Tras haber descansado brevemente en aquella garra gigante parece más pequeña que de costumbre. Pero intacta.

27. Una semana tras la partida del polaco llega un paquete a la sala de conciertos, a su nombre, con estampillas y sellos alemanes. Contiene un CD —su grabación de los Nocturnos de Chopin— y una nota en inglés: «Al ángel que veló por mí en Barcelona. Rogando que la música le hable. Witold».

28. ¿Le gusta este hombre, Witold? Quizá sí, a fin de cuentas. Le apena, levemente le apena, saber que no volverá a verlo. Le gusta el modo en que el hombre se mantiene recto de pie, recto al sentarse. Le gusta su atención, la seriedad con la que escucha cuando ella habla. *La mujer de las preguntas profundas*: se alegra de que él lo reconozca. Y le divierte ese inglés, con su gramática correcta y sus modismos defectuosos. ¿Qué le disgusta de él? Diversas cosas. Ante todo su dentadura, demasiado reluciente, demasiado blanca,

demasiado falsa.

CAPÍTULO 2

1. Duerme bien esa noche. Por la mañana se sumerge de regreso en su rutina. Se promete que se hará un momento para escuchar el CD del polaco, pero luego lo olvida.

Meses más tarde aparece de pronto un *email*. ¿Cómo consiguió él su dirección? «Apreciada dama, estoy dando *master classes* en Girona en el Conservatori Felip Pedrell. Su hospitalidad no ha sido olvidada. ¿Puedo ofrecerle yo mi hospitalidad? Si viene a Girona, será un placer ser su anfitrión. La recogería en la estación de tren a cualquier hora». Está firmado *Su amigo Witold con el apellido difícil*.

Ella le responde: «Estimado Witold, sus amigos en Barcelona recuerdan su visita con agrado. Gracias por la amable invitación. Lamentablemente estoy demasiado ocupada en este instante para viajar a Girona. Le deseo todos los éxitos con sus clases. Beatriz».

Hace algunas averiguaciones. Lo que el hombre con el apellido difícil dice es cierto: realmente está dando clases de piano en Girona. ¿Por qué Girona habiendo tantos otros sitios? Seguro que no necesita el dinero.

Cuanto más piensa en ese regreso de él a Cataluña, tanto más extraño le resulta.

Le escribe un segundo *email*. «¿Por qué está aquí, Witold? Por favor, sea franco conmigo. No tengo tiempo para bonitas mentiras. Beatriz».

Borra *No tengo tiempo para bonitas mentiras* y envía el mensaje. No son solo mentiras para lo que no tiene tiempo, sino para cualquier circunloquio, juego de palabras, sentido velado.

La respuesta de él llega al instante. «Estoy aquí por ti. No te

olvido».

2. Beatriz deja que pase un día mientras medita ese *for you*, por ti. Sea lo que sea que esas palabras signifiquen en inglés, sea lo que sea que signifiquen en el polaco que presuntamente está detrás del inglés, ¿qué significan en realidad? ¿Está aquí por ella al igual que uno está en una panadería por el pan? ¿Y qué quiere decir ese *aquí*, además? ¿Qué ventaja puede tener para él si ese *aquí* es Girona mientras el suyo es Barcelona? ¿O está aquí por ella como uno está en la iglesia por Dios?

3. Cuando era joven seguía sus impulsos sin cuestionamientos. Confiaba en su corazón. *Sí*, decía su corazón. O *no*. Pero (¡gracias a Dios!) ya no es joven. Es más sabia, más prudente. Ve las cosas como son.

¿Y qué ve en el caso del polaco? Ve a un hombre al final de su carrera, empujado por la necesidad o las circunstancias a tomar un trabajo que en alguna otra época hubiera estado por debajo de su nivel (el Conservatori Felip Pedrell no es una institución de gran prestigio), un hombre que, estando solo y sintiéndose aislado en una ciudad extranjera, intenta conseguir a una mujer con la que alguna vez ha cruzado su camino. ¿Qué diría sobre ella el hecho de responder ese llamado? Más precisamente: ¿qué dice sobre ella el hecho de que el hombre espere de su parte una respuesta?

4. Además de su esposo, no tiene gran experiencia con hombres. Pero durante los años ha oído numerosas confesiones y confidencias de amigas. También ha observado con mirada objetiva cómo se comportan los hombres de su clase. Y ha salido de esa exploración con poco respeto por los hombres y sus apetitos, sin deseo de que una ola de pasión masculina caiga sobre ella.

No ha tenido nunca el hábito de viajar. Su esposo cree que le falta curiosidad. Se equivoca. Ella es curiosa, profundamente. Pero su curiosidad no está dirigida a la amplitud del mundo, y tampoco al

sexo. ¿Qué le inspira curiosidad, entonces? Ella misma. Le inspira curiosidad la razón por la que, a pesar de todo, le atrae la idea de conducir hasta Girona por el día, haciéndola sonreír.

5. Sin dificultad encuentra el camino al Conservatori, un edificio anónimo en la parte vieja de la ciudad. Los corredores están vacíos (es temprano en la tarde). Oye y sigue el rastro de una melodía familiar. Abre una puerta con un cartel que pone Sala i y se encuentra en la parte trasera de un pequeño auditorio. En el escenario, ante el piano, están el polaco y un hombre joven. Sin hacer ruido se acomoda en un asiento. Los estudiantes que componen la audiencia, unos treinta, no le prestan atención.

Están trabajando en el movimiento lento del Segundo Concierto para Piano de Rachmaninov. El joven se embarca en la larga, quejumbrosa melodía de apertura. El polaco le pone una mano en el brazo para frenarlo.

—La - la - la - la - la - la - la - *laa* —canta, prolongando el *la* final—. *No demasiado legato* —le dice en castellano.

El joven intenta de nuevo la melodía, con menos *legato*.

Con sus pantalones de vestir y su camisa abierta al cuello, el polaco parece más relajado de lo que ella lo recordaba. *¡Bien!*, piensa ella. *¡Y ha aprendido unas pocas palabras de castellano!* Pero para enseñar música no hacen falta muchas palabras. *Sí. No*.

No lo había oído cantar hasta entonces. Una voz inesperadamente profunda, como una corriente oscura, líquida.

6. Lo que le interesa de la escena no es la música sino el drama. Porque están en un escenario, porque hay una audiencia, el instructor y el alumno se han convertido por fuerza en actores. ¿Cómo reacciona el joven a las directivas si quizá no está de acuerdo con lo que le dicen (acaso su modo de tocar, con más *legato*, estaba más cerca de su sensibilidad)? ¿Se someterá o se rebelará? ¿O solo finge someterse pero secretamente se rebela, prometiéndose volver a la forma anterior una vez que el polaco se esfume de la escena? ¿Y

qué pasa con el polaco? ¿Juega el papel del autócrata o del consejero paternal?

7. El polaco se inclina hacia delante y toca los acordes arpegiados que abren el movimiento. En la voz del clarinete, canta:

—La - la - la - la - la - la - la - *laa*.

Luego entra la mano derecha, y de pronto ella escucha la diferencia. Menos *legato*, menos emoción, más tensión, más despegue.

El joven lo sigue y, esta vez, consigue hacerlo bien. Es bueno. Aprende rápido. El polaco asiente.

—*Continúe*.

8. La lección se acaba, los estudiantes abandonan la sala. Ella permanece. El polaco se le acerca. ¿Qué le dirá?

Le toma la mano. Le agradece, en inglés, por haber venido. Le expresa su placer por volverla a ver. Le hace elogios por el vestido que ella lleva puesto. Esos elogios no le agradan. Tienen aire de haber sido ejercitados, repetidos. Pero acaso se deba simplemente a que él no sabe cómo sonar natural en inglés. Acaso allá en Polonia es un caballero perfectamente encantador.

Ella se ha vestido con todo cuidado para la ocasión. Esto quiere decir, se ha vestido con sobriedad.

—¿Podemos hablar? —dice ella.

9. Dan un paseo por un sendero escoltado por árboles a la vera del río. Es un agradable día de otoño. Las hojas están cambiando de color, etcétera.

—Pregunto de nuevo —dice ella—. ¿Por qué ha venido hasta aquí? Girona… no tiene usted ninguna razón para estar en Girona.

—Todos tenemos que estar en algún lugar. No podemos estar en ningún lugar. Es la condición humana. Pero no. Estoy aquí por ti.

For you.

—Eso es lo que usted dice, pero ¿a qué se refiere? ¿Qué quiere de mí? No me invitó para que venga a oír sus clases de piano. ¿Quiere que me acueste con usted? Si es así, permítame decirle de inmediato que eso no va a suceder.

—No se enfade —dice él—. Por favor.

—No me enfado. Me impaciento. No tengo tiempo para juegos. Me invitó a venir aquí. ¿Por qué?

¿Por qué estará tan enfadada? ¿Qué es lo que quiere ella de él y que él se niega a darle?

—*Dear lady* —dice el polaco, querida dama—. ¿Recuerda a Dante Alighieri, el poeta? Su Beatrice nunca le regaló una palabra y él la amó durante toda su vida.

¡Dear lady!

—¿Y es por eso que estoy aquí? ¿Para que me informe de que usted planea amarme durante toda su vida?

—Mi vida no es tan larga —dice el polaco.

¡Pobre tonto!, quisiera ella decir. *Has llegado demasiado tarde, la fiesta terminó.*

Pero niega con la cabeza y dice:

—Somos dos extraños. Pertenecemos a mundo distintos, a reinos distintos. Usted pertenece a un mundo con su Dante y su Beatrice, yo pertenezco a otro que suelo llamar el mundo real.

—Me das paz —dice el polaco—. Eres mi símbolo de paz.

My symbol of peace. ¡Ella, Beatriz, un símbolo de paz! Nunca ha oído nada más absurdo.

10. Siguen andando. El río fluye suavemente, sopla una brisa, el sendero se extiende ante ellos. Detalles secundarios pero no insignificantes. Paso a paso, algo en el ánimo de ella se aligera.

—Durante la clase, le oí cantar —le dice—. Nunca había pensado en usted como cantante. Tiene una buena voz.

—De parte de mi madre, soy cantante. De parte de mi madre, soy músico.

Un niño de su mamá. ¿Será eso lo que él está buscando, cuidados maternales?

Se está acabando el tiempo. O él empieza a dar sus razones o ella se subirá al coche y regresará a casa y eso será todo. Es tiempo de que el polaco entone su gran aria. Debe cantar: esto es lo que ella reclama. En italiano, en español, en inglés, no importa en qué lengua. Hasta en polaco.

—*Dear lady* —dice el polaco—. No soy poeta. Solo puedo decir que desde que te conocí mi memoria está llena de ti, de la imagen de ti. Viajo desde una ciudad a otra ciudad a otra ciudad, ese es mi trabajo, pero tú estás siempre conmigo. Me proteges. Tengo paz en mi interior. Me digo: tengo que encontrarla, ella es mi destino. Por tanto, aquí estoy. ¡Y con tanta alegría de verte!

Ella le da paz. Ella le da alegría. No se parece mucho a un aria. De modo que al polaco se le ha revelado su destino, y ese destino es ella.

¿Y qué pasa con ella? ¿No tiene ella también un destino? ¿Y cuál habrá de ser ese destino? ¿Cuándo le será revelado?

11. Ella no tiene razón para desconfiar cuando él le dice que es por ella, por una invitación fortuita que lo llevó a Barcelona, que ahora tiene intervalos de paz y de alegría. Lleva consigo la imagen de ella como lo hacían los amantes en los viejos tiempos cuando llevaban la imagen de su adorada en un relicario colgando del cuello. Muy bonito. Si ella fuera joven, si él fuera joven, ella podría sentirse halagada. Pero de un hombre nacido en 1943, un hombre lo bastante viejo para ser su padre, la oferta que está haciendo por ella no es ni divertida ni halagadora. Es, más bien, de mal gusto.

—Óigame, Witold —le dice—. Usted apenas me conoce, así que permítame decirle quién soy. Ante todo, soy una mujer casada. No soy un espíritu libre sino una mujer con marido y con hijos y una casa y amigos y compromisos de todo tipo, compromisos emocionales, compromisos sociales, compromisos de orden práctico. En mi vida no hay lugar para —¿qué nombre darle?— un asunto del corazón. Me dice que lleva consigo una imagen de mí. Muy bien. Pero yo no llevo conmigo una imagen de nadie. No soy ese tipo de persona. Usted vino a Barcelona de visita, dio un concierto de piano

que todos disfrutamos, cenamos juntos, y eso fue todo. Entró usted a mi vida y salió usted de mi vida. *Terminado*. No tenemos ningún futuro juntos, usted y yo. Lamento decirlo, pero es la verdad. Y ahora creo que deberíamos regresar. Se está haciendo tarde.

12. —Le haré una propuesta —dice el polaco.

Están sentados en un café enfrente de donde ella ha dejado el coche.

—El mes que viene me voy en *tour* a Estados Unidos. Después de Estados Unidos me iré a Brasil. Tengo tres conciertos allí. ¿Conoces Brasil? ¿No? Quizá quieras venir a Brasil conmigo.

—¿Quiere que vaya a Brasil con usted?

—Sí. Haremos unas vacaciones. ¿Te gusta el mar? Podremos pasar nuestras vacaciones junto al mar.

A ella le gusta el mar, de hecho le gusta mucho. Es buena nadadora, es fuerte en el agua, como una foca. Fuerte y ágil. Pero esa no es la cuestión.

—¿Y qué le diré a mi marido? —pregunta ella—, ¿Qué me marcho a Brasil con un hombre que apenas conozco? ¿Y usted? ¿Qué planea decirle a su esposa? Nunca me ha dicho nada del tema, ¿está usted casado?

El polaco apoya la taza; se nota el temblor en su mano. ¿Ella lo pone nervioso? ¿Estará a punto de decir una mentira?

—No, no estoy casado. Alguna vez estuve casado, pero ahora no. Diga a su esposo la verdad. La verdad es siempre buena. Él es un hombre de negocios. Él es libre, y tú eres libre.

—Me sorprende. Usted no sabe nada de mi esposo. Mi esposo no es un «man of affairs». Yo tampoco soy una «woman of affairs». Y permítame decirle, para el futuro, este no es modo de conseguir con artimañas que una mujer lo acompañe a Brasil. Quizás funcione en Polonia, pero no aquí. Debo irme. Me queda un largo viaje a casa.

Ella se levanta. Es la última chance del polaco. Él también se levanta, en toda su considerable estatura, y la toma por los hombros. La gente sentada en la mesa de al lado lanza una mirada; ¿están a

punto de ser testigos de una discusión familiar? Ella se zafa de las manos de él.

—Realmente tengo que irme.

13. En la autovía, cerca de la salida a Malgrat, pasa por delante de un accidente de tráfico. Una maraña de metal, coches de policía, una ambulancia. Siente un escalofrío. *¿Y si esa hubiera sido yo? ¿Qué hubiera dicho la gente? ¿Qué estaba haciendo ella en Girona?*

En efecto: ¿qué había estado haciendo en Girona? Ya le parece una aberración: haber respondido a la llamada de un hombre cuyo apellido es incapaz de pronunciar. Ha respondido a la llamada, pero luego ha logrado reponerse, ¡gracias a Dios! *Ven conmigo a Brasil*. ¡Qué cosa ridícula!

14. Ella habla con su esposo.

—No sé si te acuerdas, pero hace unos meses tuvimos a un pianista de Polonia en el Círculo de Conciertos. Resulta que ahora está en Girona dando clases en el conservatorio. Me invitó a ir a verlo.

—¿Ah, sí? ¿Irás?

—He estado en Girona esta tarde. Quiere que me vaya con él a Brasil. Se ha enamorado de mí. Eso dice.

—¿E irás?

—Por supuesto que no. Solo quería decírtelo.

¿Por qué se lo está diciendo? Para poner punto final a la historia. Para que su conciencia quede limpia.

—¿Estás celoso? —dice.

—Por supuesto que estoy celoso. Estaría celoso de cualquier hombre que se enamorase de ti.

Pero no está celoso. Ella se da cuenta. Está, en todo caso, divertido: divertido porque otro hombre aspire a lo que pertenece solo a él, lo que él posee sin ningún esfuerzo.

—¿Volverás a verlo? —dice su esposo.

—No —dice ella. Y agrega—: No se trata de sexo.

—Por supuesto que se trata de sexo. ¿Por qué crees que te ha invitado a Brasil si no? ¿Para que te sientes a su lado y le vayas pasando las páginas de la partitura?

15. Llega una larga carta del polaco, que ella solo lee por encima. Paz parece ser la palabra clave. Ella le da paz. ¿Paz opuesto a qué? ¿A guerra? ¿Qué sabe él de la guerra, sentado ante el piano todo el día, perdido en las nubes?

Frente a ella, en una pasada de ojos, vislumbra la palabra de la B, *Brazil*. Deja de leer y borra la carta.

16. No le dan curiosidad los *affaires* de su esposo; es, de su parte, una postura deliberada. A cambio, él se cuida de no involucrarse con mujeres del mismo círculo social que ellos. Este es el *modus vivendi* al que han llegado; les ha servido a los dos.

17. Otro *email* del polaco. Hoy es su último día en Girona, mañana pasará por Barcelona antes de tomar en el aeropuerto un vuelo a Berlín. ¿Quisiera ella almorzar con él? «Disculpas, no tengo tiempo», le responde. «Buen viaje. Beatriz».

18. Ella desentierra el CD que él le mandó, se lleva a casa la colección de CDs de Walczykiewicz de la pequeña biblioteca del Círculo de Conciertos, y los escucha en soledad. ¿Por qué? Porque está preparada para aceptar la idea de que aquello que este hombre no puede expresar en su inglés tan limitado acaso pueda expresarlo a través de su arte.

Comienza con los Nocturnos. ¿Qué estaba diciendo al mundo Chopin cuando imaginó sus Nocturnos? Más importante aún, ¿qué estaba diciendo al mundo el polaco el día que hizo esa grabación? Y más importante que todo, ¿qué puede haber revelado de sí mismo el polaco el día que hizo esa grabación a una mujer de cuya existencia en el mundo real él no tenía aún la menor sospecha?

Como las otras veces, queda decepcionada. Hay algo —¿cómo

llamarlo?— el estilo, el gesto, la mentalidad del intérprete que la deja fría. Tan seco, tan objetivo. Cada pieza es alzada para su inspección, examinada y luego, con el acorde final, plegada y vuelta a sepultar.

Quizá la verdad sea esa, que ya en el tiempo en que fue hecha la grabación (se fija en los datos del CD: 2009), el polaco estaba demasiado viejo en espíritu para una música como esa, una música que pertenece a almas más ardientes.

Es algo relacionado con el tacto. Se acuerda del tacto de su mano en el taxi la noche en que se conocieron; se acuerda del tacto de esos labios en la mejilla de ella cuando se saludaron en Girona. Como ser tocada por un hueso seco. Un esqueleto vivo. Siente un escalofrío. Ella también tiene un esqueleto, pero a diferencia de él, el suyo es fantasmal, impalpable.

¿Es ese, entonces, su último veredicto sobre él? ¿Demasiado seco, demasiado carente de ardor? ¿Es eso lo que ella quiere de un hombre: ardor? Si el ardor llegase mañana, de la nada, y se le anunciase, un ardor real e impetuoso… ¿habría lugar para ese ardor en la vida de ella? Lo duda.

19. De toda la música que el polaco ha grabado, las mazurcas son lo que a ella más le gusta. El polaco se muestra muy vivo cuando se une a su maestro en estas danzas folklóricas. Extraño: no logra pensarlo bailando.

20. Quizás, después de todo, la culpa no es por completo del polaco, de los dos polacos: el joven hace mucho muerto, el viejo aún vigente. Quizá lleva ella parte de la responsabilidad. Parece como si todo lo que le gustara a ella de la música hoy en día fueran las canciones y los bailes, pero no el drama con sus altibajos (*¡forte!, ¡piano!, ¡forte!, ¡piano!*) y con toda certeza no lo filosofante. La música que pasa su tiempo buscando un objeto perdido (Mahler) le provoca bostezos.

Este es el motivo de por qué el polaco no le interesa, a fin de cuentas. Vagando por el mundo a la caza de su propio objeto

perdido, se encontró por casualidad con ella, Beatriz, y la convirtió en su fetiche. *Me das paz*. ¡Qué absurdo! *Yo no soy la respuesta al acertijo de su vida, señor Witold; ni de su acertijo ni del de nadie*. Eso es lo que tendría que haberle dicho. *¡Yo soy quien soy!*

21. Durante años ella y su esposo no han compartido habitación. El arreglo resulta conveniente para ambos. Ella tiene la costumbre de acostarse temprano tras tomar un baño caliente, mientras que él prefiere quedarse despierto hasta tarde. Ella duerme mejor sola, y acaso él también. Ella duerme ocho horas por noche, a veces nueve. Y duerme un sueño profundo, revitalizador.

Ellos ya no tienen intimidad. Ella se está acostumbrando a arreglárselas sin sexo. Según parece, ya no lo necesita. Aún no le ha llegado la menopausia, pero está en camino; esa la explicación que se da. Luego dejará de ser fértil, y el débil clamor de su cuerpo por unirse a otro acabará por desvanecerse.

22. Sus amigas tienen *affaires*, pero no ella. Su amiga Margarita tiene un *affaire* con un conocido profesor de antropología, una celebridad de los medios, un hombre casado. Se juntan en hoteles o en un apartamento que pertenece a un colega servicial.

23. Ella ha estado en Argentina, pero nunca en Brasil. No le molestaría ver Brasil. Parece un país interesante. Quizá su hijo mayor, que es químico y trabaja para una compañía agronómica, podría encontrar útil acompañarla para explorar la agricultura brasileña.

24. Ella no tiene intención de ir a Brasil en compañía del pianista polaco. Y, de todas formas, si fuese con él, ¿cómo explicaría su presencia el polaco a los anfitriones brasileños, a los equivalentes brasileños del Círculo de Conciertos? «Esta es Beatriz, una antigua amiga de la ciudad de Barcelona, que me acompaña en el *tour*. Beatriz desde hace mucho quiere conocer este país infinitamente

variado». O bien: «Esta es Beatriz, a quien he traído conmigo para aplacar mi ánimo y darme paz». O bien: «Esta es Beatriz, una mujer que apenas conozco pero parece ser la respuesta al acertijo de por qué existo».

25. Un viejo enamorado. Ridículo. Y un peligro para sí mismo.

26. Tuvo su oportunidad cuando la tomó por los hombros en el café de Girona y le acercó bruscamente la cara, sus fríos ojos azules. Ese era el momento para dejar su marca sobre ella, para vencer su resistencia. Pero él había vacilado y la había perdido.

27. A ella no le gusta la lengua portuguesa, con sus sonidos tensos y ahogados. Pero acaso el portugués hablado en Brasil sea diferente.

28. Ella piensa en cómo sería compartir cama con ese gigante armazón de huesos, y la idea le produce un escalofrío de disgusto. Esas manos frías sobre su cuerpo.

29. ¿Por qué ella? ¿Qué pasó durante la velada que compartieron cenando en el Boffinis que hizo pensar al polaco *¡Este es mi destino! Esta es la mujer en la que debo gastar mi último amor*? Si Margarita no hubiera estado enferma ese día y hubiera sido de la partida, ¿se hubiera enamorado de Margarita en lugar de enamorarse de ella? ¿Sería ahora Margarita la invitada a Brasil para aplacar su ánimo y compartir su cama?

Paz: eso es lo que él dice querer. Al igual que un navegante empujado por una tormenta ruega por tocar tierra, él ruega por paz. Pues bien, Margarita no es un ángel de paz, eso él lo habría descubierto pronto. Margarita lo habría equipado con ropas nuevas y más a la moda, lo habría llevado a su maquilladora para aligerar su entrecejo, le habría conseguido entrevistas con los medios. En lo tocante al sexo, ¿podría él, a su edad, estar a la altura del exigente estándar de Margarita?

Quizá, la verdad sea dicha, es por eso que se decidió por ella, Beatriz. Porque en su tipo de trabajo el polaco se cruza con muchas mujeres como Margarita, enérgicas, brillantes, ávidas; porque, aquella noche en el Boffinis ella, Beatriz, había parecido el epítome de la mujer modesta, poco exigente pero totalmente presentable que atendería a sus necesidades sin ocasionarle demasiados inconvenientes. Si era así… ¡qué insulto!

30. Ella le escribe una carta, en inglés: «Dear Witold». Se detiene, sigue. «Confío en que todo marchó bien en el concierto en Berlín. He estado reflexionando sobre nuestra última conversación, preguntándome cómo demonios llegó a la conclusión de que yo soy la encarnación de la paz. Yo no encarno la paz ni ninguna otra cosa. Lo cierto es que usted nada sabe de quién o qué soy yo. Su camino se cruzó con el mío por la más pura casualidad. No hubo ningún plan detrás. Yo no estaba destinada a usted, tal como parece pensar. Yo no estaba "destinada" a nadie. Ninguno de nosotros está "destinado", sea cual sea el sentido de la palabra. Suya, Beatriz».

31. Entre un hombre y una mujer, entre los dos polos, o bien la electricidad hace un chisporroteo, o no lo hace. Así ha sido desde el comienzo de los tiempos. Un hombre y una mujer, no solo un hombre, una mujer. Sin el *y* no hay conjunción. Entre ella y el polaco no hay un *y*.

El invitado del próximo mes en el Círculo de Conciertos será el contratenor Thomas Kirchwey. Presentará un programa de Handel, Pergolesi, Philip Glass y alguien llamado Martynov a quien ella jamás ha oído nombrar. Quizá Thomas Kirchwey resulte ser el verdadero polo para ella, eclipsando así al falso polo polaco, el pretendiente.

32. Ella relee la carta, decide que suena demasiado enfadada, la borra. ¿Por qué suena enfadada? No se sentía enfadada mientras la escribía.

33. El ídolo del polaco, Chopin, fue un hombre enfermizo que dependió de una mujer que lo cuidara. Quizá es eso lo que realmente quiere el polaco: una enfermera que lo atienda en sus años finales.

34. —Ese pianista del que me hablaste, el del apellido largo —dice el esposo—, ¿has tomado ya una decisión?

—¿Una decisión con respecto a qué?

—Si irás con él a Brasil.

—Por supuesto que no. ¿Qué demonios te ha hecho pensar que lo haría?

—¿Sabe que no irás con él?

—Por supuesto que lo sabe. Se lo dejé bien claro.

—¿Y él te telefonea? ¿Te escribe? ¿Mantenéis correspondencia?

—¿Correspondencia? No, no mantenemos correspondencia. Y no pienso responder más a este tipo de preguntas. ¿No crees que es una conversación extraña para tener nosotros dos, un matrimonio civilizado?

35. Ahora hay dos misterios que resolver: por qué la mente de ella sigue regresando al polaco; por qué su esposo se ha vuelto hostil.

La segunda es la más fácil de responder. Su esposo ha percibido algo en el aire y está reaccionando. Es una cuestión de orden psicológico, nada más.

La primera no es una cuestión de orden psicológico. Es una cuestión de cosas faltantes, y para las cosas faltantes no parece haber, hasta el momento, ninguna —ología. ¿Misteriología? ¿Misterismo?

36. Dos imágenes de Brasil se le aparecen en la mente, dos estereotipos: cuerpos bronceados tendidos en playas de un blanco deslumbrante; mujeres con bebés en llanto, sudando frente a estufas a gas en chabolas llenas de goteras. Por supuesto que eso no es todo Brasil. Hay un tercer Brasil, un cuarto Brasil, cien Brasiles esperando a los visitantes.

37. Brasil no representa una crisis en su matrimonio. No hay crisis en su matrimonio. Ella no tiene intención de dejar a su esposo; su esposo sería un tonto si la dejara. Ella no está enamorada del polaco. A lo sumo, siente pena por él: pena porque está solo y es viejo y ha perdido contacto con un mundo que es cada vez menos receptivo para sus interpretaciones distantes de Chopin. Pena por él, también, por su fijación en ella (él puede llamarlo amor pero ella no lo hace).

38. Brasil en su compañía sería imposible. ¿Cómo pasarían el tiempo cuando él no estuviera tocando Chopin para la clase alta brasileña? ¿Dando largos paseos en playas de arena blanca entre bronceados cuerpos brasileños? ¿Bailando al ritmo de bandas brasileñas?

A ella le gustan las cosas familiares. Le gusta estar cómoda. No le gusta la novedad por la mera novedad. No es de sorprender que su esposo la crea poco curiosa.

Martynov, por ejemplo. Nunca oyó hablar de Martynov, de modo que está dispuesta a que esa música le desagrade. Esto no da una buena imagen de ella.

39. ¿Por qué se está flagelando, dando la impresión de ser tonta y complaciente y hasta ignorante? ¿Qué le ha picado?

40. Ella no sueña. Ella nunca sueña. Ella duerme larga y profundamente y sin sueños, y se despierta por la mañana fresca, renovada. Con tanto descanso y tan sano modo de vida probablemente vivirá hasta los cien años.

En lugar de soñar, se permite usar la imaginación. Puede imaginar demasiado bien cómo sería una semana en Brasil en compañía del polaco. En particular, puede imaginar cómo sería si durmieran juntos. Ella debería fingir entrar en éxtasis y él tendría que fingir creerle.

Te absuelvo: esto es lo que ella necesitaría decirle antes de que ambos pusieran un pie en suelo brasileño. *Te absuelvo de toda*

obligación erótica. Tú duermes en tu cama y yo dormiré en la mía.

41. Se pregunta si él lleva un diario. *Diario de un seductor*. ¿Se atrevería él a ponerla en su diario? La semana que pasó en Brasil junto a una cierta dama de Barcelona «quien por respeto a su familia deberá quedar innombrada».

CAPÍTULO 3

1. Llega un *email* con un documento de audio adjunto: la Sonata en Si menor de Chopin. «Grabo esto solo para ti. En inglés no puedo decir lo que está en mi corazón, por tanto lo digo en música. Por favor escúchalo, te lo ruego».

In English I cannot say. No lo puede decir en inglés, dice en inglés. Ella obedece. Ella escucha prestando una atención aguda al fraseo, a las inflexiones, a las más mínimas aceleraciones y desaceleraciones, cualquier cosa que pudiera ser interpretada como un mensaje privado. Sale vacía, desconcertada. Suena exactamente igual a la grabación que el polaco había hecho para el Deutsche Grammophon que está en la biblioteca del Círculo de Conciertos. Si el polaco ha puesto algún mensaje de contrabando, está en un código que ella no sabe cómo leer.

2. El tiempo pasa. Otro *email*: «Estaré en Mallorca en octubre para el Festival de Chopin. Después de Mallorca, quizá su círculo de conciertos me invite de nuevo. Esa es mi más íntima esperanza».

Ella responde: «Querido Witold: Gracias por la grabación, y qué bien saber que estará tocando en el festival de Chopin. Una lástima, el programa de nuestro Círculo de Conciertos ya está completo para el resto del año. Suya, Beatriz».

Un día más tarde ella vuelve a escribir. «Querido Witold: Ocurre que la familia de mi esposo tiene una casa cerca del pueblo de Sóller, no lejos de Valldemossa, donde se organiza el festival de Chopin. Mi esposo y yo pasaremos unos días allí en octubre. ¿Quisieras

visitamos una vez finalizados tus compromisos? La casa es espaciosa. Tendrás tus propias habitaciones. Dime qué piensas. Tuya, Beatriz».

Él le responde: «Gracias, gracias, pero no puedo ser un amigo de la familia. Witold». Y agrega una postdata: «*Un amigo de la familia* es una famosa novela polaca. La llaman el *Werther* polaco».

Ella ha oído hablar del *Werther* pero no de *Un amigo de la familia*. ¿Habrá algún otro mensaje en código aquí? ¿Pretenderá él que ella consiga un ejemplar de *Un amigo de la familia* y lo lea? ¡Qué hombre absurdo!

3. Ella habla con su esposo.

—¿Sigue adelante el plan de ir a Mallorca en octubre?

—Sí, si quieres, si la casa está libre.

—La casa estará libre. He pensado que podríamos invitar a Tomás y a Eva y al niño.

—Vale. ¿Te encargas tú de arreglarlo? Pero no más de una semana.

—Yo me encargo de arreglarlo, pero es probable que yo me quede algo más. Una semana es demasiado poco.

Ella no acostumbra a usar engaños. Prefiere la sinceridad. Prefiere poner las cartas sobre la mesa. Pero a veces poner las cartas sobre la mesa no es una buena idea.

4. Habla con Tomás, su hijo. «No es posible», le responde él. «No puedo tomarme días libres en el trabajo. Y es complicado viajar con un bebé».

5. Ella reserva los billetes de avión y llama al ama de llaves de Sóller para que abra la casa.

Disfruta de hacer planes y atender detalles. Si el Círculo de Conciertos funciona sin contratiempos es debido a su diligencia y su cuidado por cada detalle.

6. No tiene intención de ir a Valldemossa para escuchar tocar al

polaco. Que sea él quien vaya a verla.

Maquinaciones. Más maquinaciones.

7. La casa en las afueras de Sóller fue comprada durante los años 40 del siglo pasado por el abuelo de su esposo, que había hecho su fortuna con una compañía naviera. En el tiempo en que la compró era todavía la casa central de una finca productora, pero con los años habían ido vendiendo las tierras de producción parcela por parcela, hasta que había quedado solo la enorme casa y sus edificios circundantes.

Allí pasó su esposo las vacaciones de la infancia. Tiene todavía un gran apego por el lugar, pero a pesar del apego va cada vez menos; ella no puede entender por qué. Ella ha terminado enamorada de la vieja casa, con su austera cantería y los altos techos y los pasadizos en penumbra y el fresco patio invadido por el plumbago y la buganvilla y la vieja, gran higuera en su centro.

8. Está la cuestión de la conciencia. ¿Su conciencia habrá de atormentarla por esa invitación al polaco? Su conciencia no la había atormentado por ese joven del gimnasio el año pasado, con quien se había permitido flirtear y quien una vez la había acorralado tratando de besarla (ella había cedido la nuca, el cuello, pero no lo labios). ¿Será una cuestión de territorios? ¿Es el gimnasio un territorio neutral mientras que la casa de Sóller es el territorio de su esposo y el territorio de esa familia desde hace dos generaciones?

El polaco está entrado en los setentas, está en el atardecer de la edad. El hombre del gimnasio tenía veinte y pico y toda una vida masculina y vigorosa por delante. Los casos son difícilmente comparables. Sería perdonable si su esposo estuviera celoso del hombre del gimnasio pero no si estuviera celoso del polaco. Un hombre de la edad del polaco no debería despertar celos, no dispone de ese poder. En cualquier caso, ella no tiene intención de acostarse con él. Cuando vaya a Sóller, él podrá compartir las rutinas de ella. Podrá acompañarla al supermercado y ayudarla a cargar la compra.

Podrá quitar las hojas caídas sobre el agua de la piscina. Hay un piano en una de las habitaciones libres, un antiguo piano vertical: lo puede afinar y tocar para ella. Al final de la semana, las fantasías románticas del polaco se habrán esfumado. La habrá visto tal cual ella es. Podrá entonces regresar a su tierra natal, más triste y más sabio.

9. —¿Te acuerdas del pianista polaco que me pidió que lo acompañara a Brasil? —le dice a su esposo—. Estará en Mallorca justo cuando estemos nosotros. Tocará en el festival de Chopin en Valldemossa. ¿Te molesta si lo invito a comer?

—Por supuesto que no. ¿Pero no preferirías encontrarte con él a solas?

—No, creo que es mejor que me vea en familia. Eso le hará tocar de pies a tierra. Tiene un concepto demasiado elevado de mi persona.

Maquinaciones.

10. Su invitación al polaco está enmarcada en términos más específicos que de costumbre. Ella le indica que deberá llegar tal y tal día y marcharse tal y tal otro día. Deberá tomar el autobús número 203desde Valldemossa a la estación de Sóller. Si llama con antelación y le informa del horario de arribo, ella pasará a recogerlo. Estará alojado no en la casa principal sino en una cabaña en el mismo solar. La cabaña posee una cocina totalmente equipada en caso de que quiera prepararse solo la comida. Si no, podrá con gusto compartir las comidas con ella, Beatriz, su anfitriona, que serán preparadas por el ama de llaves. Podrá disponer del tiempo como él prefiera.

Se lee, y así espera ella que sea leído, como una invitación a un huésped que paga por un alojamiento.

11. Cuando llega el momento, ella y su esposo viajan a Sóller y disfrutan de una plácida semana juntos. El clima está un poco

fresco, un poco ventoso, pero nada de lo que quejarse. Las carreteras están vacías, la mayoría de los turistas se han ido. Van en coche a Banyalbufar, a Peguera, donde ella se da un largo baño tonificante. Cenan en el restaurante de Fornalutx por el que siempre han sentido apego.

12. —¿Qué se ha hecho del músico polaco? —pregunta el marido —. Pensaba que vendría a comer.

—No coincidían las fechas —responde ella—. Estará libre solo a partir de la semana que viene, y para entonces tú ya te habrás ido.

—Qué pena —dice el marido—. Me habría gustado conocerlo.

Y sonríe. Y ella sonríe. Ya han navegado por otras aguas turbias, y navegarán también por estas.

13. El esposo se marcha. El polaco llega. Lo recoge en la estación de autobuses en la pequeña Suzuki que mantienen en Sóller. Ha transcurrido casi un año desde Girona. Se nota que él ha envejecido. De hecho, es ya un hombre viejo.

Por supuesto es natural que él haya envejecido. ¿Acaso debería ser invulnerable a los estragos del tiempo? No obstante, ella está decepcionada, más que decepcionada, consternada.

Se pregunta qué habrá pensado de él la audiencia en Valldemossa. *Un espectro del pasado…* ¿será eso lo que habrán pensado? Pero quizá el polaco adopta un aura de autoridad atemporal cuando se sienta ante su instrumento.

14. Él le da un beso en cada mejilla.

—Te ves tan fresca, tan hermosa —murmura el polaco. Tiene los labios secos, la piel suave, infantil: la piel de un hombre viejo.

15. En el coche van en silencio hasta la casa. La ruta subiendo la colina tiene baches, pero ella es una buena conductora, mejor que la mayoría de los hombres que ella conoce. Cuando están en la isla, su esposo siempre la deja al volante. «Sé que estoy en buenas manos» es

lo que le dice.

16. Le muestra al polaco su cabaña.

—Te dejaré solo para que te acomodes y desempaques. Cuando la comida esté lista, Loreto hará sonar la campanilla.

—Eres pura gracia —dice el polaco.

Gracious: qué palabra anticuada, libresca. ¿Seguirá significando alguna cosa? *Ave María, gratia plena, ora pro nobis*.

17. El polaco responde con prontitud a la campanilla de la comida. Se ha cambiado de ropa. Trae puestas sandalias, pantalones color crema, una camisa celeste. Lleva un sombrero panamá, listo para lo que la tarde pueda depararles.

Ella le presenta a Loreto. *No habla español*, le dice a Loreto. La mujer sonríe brevemente, hace un gesto con la cabeza. *Señor*.

Loreto se ocupa de esta casa y de otra más valle abajo, que pertenece a un mexicano. Viene y va en un ciclomotor de 125 cc. Su esposo es un manitas, un arreglatodo que también hace jardinería. Tienen un hijo y una hija, ambos ya adultos, casados, que viven en el continente.

Nada de lo que respecta a Loreto es sorprendente. Esto es, de lo que ella sabe de Loreto nada la sorprende, ni siquiera el ciclomotor. Pero claro que Loreto tiene una vida propia, invisible a sus empleadores, que podría muy bien estar llena de sorpresas. Podría haber, por ejemplo, un equivalente del polaco en la vida de Loreto: un hombre que la halla llena de gracia y merecedora de cortejo. Es solo cuestión de azar que la historia que se cuenta no sea sobre Loreto y su hombre sino sobre ella, Beatriz, y su admirador polaco. Otra tirada de dados y la historia hubiera sido sobre Loreto y su vida oculta.

18. —Espero que tengas hambre. Loreto ha hecho un *tumbet* a la vieja usanza. ¿Lo conoces? ¿Lo sirven en Valldemossa? En Cataluña tenemos un plato similar pero lo llamamos samfaina.

Ella siempre ha sido una buena anfitriona, hábil en hacer que sus huéspedes se sientan a gusto. Es especialmente importante hacer que el polaco se sienta a gusto, lograr que esté como en casa, de modo que cuando se marche lo haga con agradables recuerdos.

—¿Tu esposo no está? —dice el polaco.

—A mi esposo lo llamaron de la oficina para que regrese. Ha dejado dicho que lo lamenta. Le apena no haber podido conocerte.

—¿Es un buen hombre tu esposo?

Qué pregunta más extraña.

—Sí, creo que es un buen hombre. No es difícil ser bueno en nuestra época.

—¿Sí? ¿Eso crees?

—Eso creo. Vivimos en una época afortunada. En tiempos afortunados no es difícil ser bueno. ¿No piensas lo mismo?

—Yo no vivo en tiempos afortunados. Pero trato de ser bueno.

Ella no comprende cómo la persona sentada a un lado de la mesa puede vivir en tiempos afortunados mientras que la persona al otro lado de la mesa no, pero lo deja pasar.

—Cuéntame de tu hija la cantante. Vive en Alemania, creo recordarte decir. ¿Qué tal le va?

—Te mostraré.

El polaco saca su teléfono y le muestra la foto de una muchacha alta y de cara seria, adolescente, vestida toda de blanco.

—Es una vieja foto, de los viejos tiempos, pero la he guardado. Ahora es diferente. Ahora ella está casada, vive en Berlín con su esposo. Ella y su esposo tienen un restaurante, un gran éxito que les da mucho dinero. ¿El canto? Quedó en el pasado, creo. Así que exitosa sí, pero no feliz. No bienaventurada.

Not blessed. ¿No bienaventurada? ¿No dichosa? A veces es difícil saber a qué se refiere el polaco con ese inglés difuso que tiene. ¿Está diciendo algo profundo o es solo que da con las palabras incorrectas, como un mono sentado frente a una máquina de escribir? ¿La gente con mucho dinero realmente no es feliz? Ella tiene mucho dinero y es feliz, más o menos feliz. El polaco debe tener también mucho dinero, tras todos esos conciertos, y no parece poco feliz. Taciturno

tal vez, pero no desdichado. Acaso se refiera a que su hija en Berlín está descontenta. Estar descontenta no es infrecuente. Descontenta: no saber qué es lo que una quiere.

—¿La ves a menudo? ¿Os lleváis bien?

El polaco alza las manos, con las palmas hacia arriba, en un gesto que ella no puede decodificar. De donde ella viene, el gesto significa*¡Coraje, sigue adelante!*, pero de donde él viene podría significar algo bastante distinto… *No hay nada que hacer*, por ejemplo.

—Somos civilizados —dice el polaco—. Pero ella no tiene mi alma. Tiene el alma de su madre.

Civilized. ¿Cómo traducirlo? ¿Alo *nos acogotamos uno al otro si estamos enfadados? ¿No nos gritamos en la cara? ¿Nos saludamos con un beso en la mejilla?* Sea cual sea el caso, ser civilizados en la compañía del otro no parece un gran logro para la relación de padre e hija.

—Por suerte —dice ella— mis hijos y yo compartimos la misma alma. Las mismas inclinaciones. Tenemos la misma sangre corriendo por nuestras venas.

—Eso es bueno —dice el polaco.

—Sí, es bueno. Invité a mi hijo mayor a que pasara estos días con nosotros en Sóller. Es una persona seria. A ti te gustaría. Lamentablemente no pudo venir. Él y su esposa tienen un bebé recién nacido, y a su esposa le resulta un esfuerzo viajar. Es entendible.

—Así que eres abuela ahora.

—Sí, cumpliré cincuenta en mi próximo cumpleaños. ¿Eras consciente de eso?

—Un caballero no pregunta la edad de una dama.

Pronuncia su declaración con una expresión rotunda. ¿Acaso nunca sonríe? ¿No tiene sentido del ridículo?

—A veces ocurre —dice ella— que lo que un caballero no pregunta a una dama resulta ser lo que el caballero en cuestión no quiere saber sobre la dama. Eso que al caballero le resultaría desagradable saber. Porque eso trastocaría algunas de las ideas sobre la dama que el caballero mantiene en su mente. Algunos de sus

preconceptos.

El polaco arranca un pedazo de pan, lo hunde en la salsa, nada responde. Loreto, en la esquina apartada de la cocina, finge estar lavando cacerolas, pero su actitud sugiere que está escuchando la conversación. Quizá sepa más inglés de lo que deja entrever.

—¿Has terminado? —dice ella— ¿Ha sido suficiente? ¿Quieres café?

19. Loreto les sirve café en la sala; unas enormes ventanas (una innovación introducida por su esposo) ofrecen a la vista el valle y sus bosquecillos de almendros.

—Muy bien, Witold, aquí estás al fin, en la soleada Mallorca y en la compañía de tu elusiva dama. ¿Satisfecho al fin?

—Mi muy estimada dama, no tengo las palabras. No tengo las palabras en inglés, no tengo las palabras en ninguna lengua. Pero gratitud, sí. La gratitud viene directo desde mi corazón, como puedes ver.

Con las dos manos hace un gesto llamativo, extraño, como abriendo la caja torácica desde abajo y sacando fuera sus contenidos.

—Lo veo y lo creo. Pero la idea general sigue siendo incomprensible para mí… tu idea, tu plan. ¿Por qué estás aquí, ahora que estás aquí? ¿Qué quieres de tu amiga?

—Estimada dama, quizá podamos ser como gente normal y hacer cosas normales, ¿no? Sin un plan. Un hombre normal y una mujer normal no tienen un plan.

—¿De verdad? ¿Realmente es eso lo que crees? Porque esa no es mi experiencia. En mi experiencia, los hombres normales y las mujeres normales tienen muchas veces planes respecto del otro. Ideas. Pero finjamos que no tenemos ningún plan. Permíteme entonces preguntarte: cuando vuelvas a Polonia, y tus amigos te digan: «¡Pasaste una semana en Mallorca con una amiga! ¿Qué tal estuvo?», ¿qué responderás? ¿Dirás que estuvo OK, nada fuera de lo normal? ¿Qué fue lo mismo que estar en Polonia pero con sol radiante?

El polaco se ríe, una carcajada corta y explosiva. Es la primera

vez que ella lo oye reír.

—Siempre me pones contra una esquina —dice él—. Sabes que no soy listo como tú en la lengua inglesa. Si no es *normal*, ¿qué otra mejor palabra hay en inglés?

—*Normal* es una buena palabra. Nada de malo hay en esa palabra.

—*Común* —dice él, *ordinary*—. Quizá *ordinary* es mejor. Lo que quiero es vivir contigo. Ese es el deseo de mi corazón. Deseo vivir contigo hasta que me muera. De una manera común. Uno al lado del otro. Así —dice y junta las manos apretadas—. Una vida común uno al lado del otro, eso es lo que deseo. Para siempre. La próxima vida también, si es que hay otra vida. Pero si no, OK, lo acepto. Si dices no, no para toda la vida, solo por esta semana… OK, también acepto eso. Hasta por un solo día. Por un minuto. Un minuto es suficiente. ¿Qué es el tiempo? El tiempo es nada. Tenemos nuestra memoria. En la memoria no hay tiempo. Te mantendré en la memoria. Y tú, quizá tú también me recuerdes.

—Por supuesto que te recordaré, hombre extraño.

Ella ha pronunciado esas palabras sin premeditación; las oye hacer eco en el interior de su mente con sorpresa. ¿Qué es lo que está diciendo? ¿Cómo puede prometer que lo recordará cuando le sobran razones para creer que el episodio del músico polaco que fue de visita a Sóller se irá disolviendo hasta que, en su lecho de muerte, sea menos que una mota de polvo?

El hombre parece confiar en los poderes de la memoria. A ella le gustaría contarle de los poderes del olvido. ¡Cuántas cosas habrá olvidado ella! Y es una persona normal, una persona común, de ninguna manera una excepción.

¿Qué es lo que ha olvidado? No tiene idea. Se ha ido, esfumado de la faz de la tierra tal como si nunca hubiera existido.

20. Ella se levanta.

—¿Damos un paseo? —dice—. ¿Has traído calzado para caminar? Aquí al final de la tarde empieza a levantar viento, de modo que si queremos ir lo mejor es que salgamos ahora.

El polaco se cambia los zapatos y salen a caminar, siguiendo un sendero que los llevará a la cima de la colina que da hacia el pueblo. Él va lento pero no tan lento como ella había temido que fuera.

—¿Cómo es Polonia, como país? —dice ella—. Nunca he estado en Polonia, lo sabes.

—Polonia no es bonito como esto. Polonia está llena de basura. Siglos de basura. No la enterramos. No la escondemos. Para amar a Polonia tienes que haber nacido ahí. No amarás a mi país, si vienes.

—Pero tú sí que amas Polonia.

—Amo a Polonia y odio a Polonia. No es especial. Para muchos polacos esa es la verdad.

—Tu maestro Frédéric Chopin se marchó de Polonia y nunca regresó. Hubieras podido hacer lo mismo.

—Sí, podría decir adiós a Polonia y comprar un piso en Valldemossa y esperar la llegada de alguna dama francesa, alguna George Sand que está cansada de los hombres franceses y sus hábitos rudos, que quiere un polaco gentil para darle su amor. O podría encontrar un piso en Barcelona. Pero eso no sería bueno para ti, así que no lo haré. Es la verdad, ¿no?

¡En efecto! ¡En efecto esa es la verdad! En efecto no sería bueno para ella tener a este hombre rondando ante la puerta de su casa, echando su sombra sobre ella.

—Estoy de acuerdo. Sería una muy mala idea de tu parte vivir en Barcelona. Sería malo para mí y acaso peor para ti.

¿Pero por qué habrá mencionado a George Sand? Sea lo que sea lo que el polaco tenga en mente, a ella la idea le resulta de mal gusto: ella como su amante extranjera, como su enfermera de media jornada.

Han alcanzado la cima. Allí hacen una pausa y quedan observando la línea de la costa. Unos amantes se tomarían de la cintura. Unos amantes hasta se besarían. Pero no ellos.

—Para esta noche —dice ella—, ¿te gustaría salir o prefieres que cocine algo? Hay un par de restaurantes buenos en Sóller. O podríamos ir más lejos.

—La señora… ¿Loreta es su nombre?… ¿ella no cocina para ti?

—Loreto no viene todos los días. Además, su jornada de trabajo termina a las tres. Si queremos que regrese por la tarde tenemos que hacer un arreglo especial.

—Hoy prefiero quedar en casa. Mañana te llevaré a un restaurante. Pero esta noche nos quedamos en casa y te ayudo a cocinar.

—Muy bien, nos quedaremos en casa. Yo cocino, pero tú no me ayudas en nada.

En su mente aparece la visión del polaco en la cocina, haciendo torpezas, volcando cosas y cruzándose por el camino.

—Yo cocino y tú descansas un rato.

Es como hablarle a un niño.

21. De cena, ella prepara una tortilla francesa con hierbas del jardín y ensalada. Está decidida a que todo sea muy simple. Si el hombre se queda con hambre, siempre habrá algo de pan.

Aquí en Sóller tienen una buena cava. Mantener la cava provista es asunto de su esposo. Ella no bebe mucho; el polaco bebe más.

—Tengo un regalo para ti —dice el polaco.

Ella deshace el lazo y levanta la tapa de la cajita. Adentro hay algo que parece ser una piña de árbol.

—Es una rosa —explica él.

En efecto, es una rosa tallada en madera clara con bastante delicadeza.

—Es muy bonita —dice ella.

—Es de la casa de los Chopin, de los padres de Frédéric. Es arte popular de Polonia. La mayoría de las veces es para la religión, para el altar en la iglesia. Pero los padres de Frédéric no eran religiosos, así que esto estaba en su casa como parte de la decoración, con otras flores. En su época estaba pintada, pero se le fue la pintura, es de hace doscientos años y para mí es más hermosa así de madera. No sé cómo se llama la madera en inglés. En polaco es *świerk*.

De modo que ella tendrá bajo su custodia una reliquia del santo Chopin. ¿Será ella la persona indicada para ese trabajo, ella que no cree en Dios y menos aún en Chopin?

—Gracias, Witold —dice—. Es hermosa. La guardaré como un tesoro. Pero ahora me despido. Me gusta irme a dormir temprano. No es un hábito muy español, pero en mi caso es así. Temo que tú también tendrás que retirarte ahora. Debo cerrar la casa, no puedo dormirme si la casa no está cerrada. Dejaré una luz encendida afuera. Buenas noches.

Le ofrece una mejilla para que él la bese.

—Que duermas bien.

22. Por lo general, ella se duerme al instante. Pero no esta noche. ¿Habrá cometido un error al invitarlo a Sóller? *Quiero vivir junto a ti como dos manos apretadas. También en la próxima vida*. ¡Qué sentimentalismo ridículo! *Me das paz*. Y una rosa del hogar de su héroe. *¡Para ti!* ¡Un chiste!

Le queda por delante el abismo de toda una semana. ¿Cómo habrán de ocupar el tiempo? ¿Con excursiones? ¿Con conversaciones estúpidas? ¿Con salidas a la playa, salidas a restaurantes? ¿Cuánto de una rutina así pueden aguantar dos personas educadas, civilizadas, normales, antes de que alguno se saque de quicio? ¡Y esto estaba pensado como unas vacaciones!

¿Qué es lo que quiere ese hombre? ¿Qué es lo que *ella* quiere?

23. Es de día. Han desayunado juntos.

—Tengo algo para mostrarte —dice ella y lo conduce a una de las habitaciones de atrás. Hay allí un piano cubierto por una sábana desde que ella tiene memoria.

Ella quita la sábana.

—Echale un vistazo —dice—. ¿Sirve para algo?

El polaco se encoge de hombros.

—Es viejo —dice él—. Está hecho en España. España no es famosa por sus pianos.

Toca una escala. Las teclas son lentas y están duras, falta un martillo, las cuerdas están muy desafinadas.

—¿Tienes herramientas?

—¿Herramientas para piano? No.

—No para piano, cualquier herramienta de las que se usan para máquinas.

Ella le muestra la caja de herramientas en el garaje. Él selecciona una llave inglesa y un par de pinzas y pasa una hora trabajando en el piano. Luego toma asiento y toca una pieza simple, que suena pintoresca por el clic del martillo que falta.

—Lamento que no tengamos nada mejor para ofrecerte —dice ella.

—¿Recuerdas a Orfeo? Orfeo no tenía un piano, solo tenía un harpa, muy primitiva, pero los animales se acercaban a escucharlo, el león, el tigre, el caballo, la vaca, todos. Un congreso de la paz.

Orfeo. O sea que ahora él es Orfeo.

24. Van en coche hasta el puerto y se toman un café en una terraza que da al embarcadero. Ella le pregunta por los días en Valldemossa.

—¿La audiencia te resultó receptiva? Quiero decir, ¿pudieron apreciar tu música?

—Toqué en el viejo monasterio. La acústica no era buena. Pero la audiencia, sí, en la audiencia había personas serias, algunas personas serias.

—¿Eso es lo que te gusta? ¿La gente seria? ¿Yo valgo como una persona seria?

Él la mira de pies a cabeza.

—En polaco hablamos de las personas pesadas, personas que no están hechas de aire. Tú eres una persona pesada.

Ella se ríe.

—En inglés se dice *solid*, una persona sólida o una persona de sustancia. *Pesado* está reservado para la gente gorda. Me alegra oír que no crees que esté hecha de aire, pero te equivocas, no soy sólida, no soy una persona de sustancia.

Ella piensa: *Si ahora dices que soy líquida, entonces empezaré a creer en ti*. Pero él no lo dice.

Soy líquida. Si tratas de retenerme, me escurriré de tus manos como agua.

—Por tu parte, tú eres sólido —dice ella—. Quizá demasiado sólido para Chopin. ¿Alguien te lo ha dicho alguna vez?

—Mucha gente cree que Chopin está hecho de aire —dice él—. Yo trato de corregirlos.

—Hay una buena cantidad de aire en Chopin. Y más agua aún. Agua que corre. Música líquida. En Debussy también.

El polaco inclina la cabeza. ¿Sí? ¿No? Ella no sabe cómo interpretar sus gestos. Quizá nunca lo logre. Un extranjero.

—Así es como lo veo yo —dice ella—, ¿Pero qué es lo que sé yo? En música soy solo una aficionada.

25. Él se pasa la tarde en la habitación de atrás improvisando en el piano. Dado que no oye golpes secos, ella supone que está logrando esquivar la tecla muerta. No le falta ingenuidad.

Mientras él está ocupado, ella se aventura en la cabaña que ahora es territorio del polaco. El baño conserva un ligero aroma a agua de colonia. Abstraída, examina su kit de viaje, desplegado con cuidado en el estante bajo el espejo. Una maquinilla de afeitar. Un cepillo de pelo con mango de ébano. Pomada. Champú. Una serie de cajitas de pastillas, cada una con su etiqueta en polaco. Un hombre de otra era. O acaso toda Polonia sea así: atascada en el pasado. ¿Por qué siente ella tan poca curiosidad por Polonia?

26. Le pide que toque algo para ella.

—Toca esas piezas breves de Lutoslawski que tocaste en Barcelona.

El polaco toca las primeras tres, haciendo un clic en el fa ausente.

—¿Suficiente?

—Sí, suficiente. Solo quería oír algo distinto a Chopin.

27. —Después de Mallorca, ¿adónde irás? —le pregunta.

—Tengo compromisos en Rusia. Uno en San Petersburgo, otro en Moscú.

—¿Eres famoso en Rusia? Disculpa mi ignorancia. Quiero decir, ¿los rusos te tienen en alta estima?

—Nadie me tiene en alta estima, en ningún lugar del mundo. Y está OK. Yo soy de la vieja generación. Soy historia. Debería estar en un museo, en una vitrina. Pero aquí estoy. Sigo vivo. *Es un milagro*, les digo. *Si no me creen, pueden tocarme*.

Ella se siente confundida. ¿Quién no le cree? ¿Quiénes están siendo invitados a tocarlo? ¿Los rusos?

—Deberías estar orgulloso de ti —dice ella—. No todo el mundo entra en la historia. Hay gente que pasa toda la vida tratando de ser parte de la historia y fracasa. Yo nunca seré parte de la historia, por ejemplo.

—Pero tampoco lo intentas.

—No, no lo intento. Estoy contenta con ser quien soy.

Lo que ella no dice es: ¿Por *qué debería querer ser parte de la historia? ¿Qué es la historia para mí?*

28. —¿Hay peluquero en este pueblo? —pregunta él.

—Hay varios. ¿Qué necesitas? Si solo necesitas un corte de pelo, lo puedo hacer yo misma. He cortado el pelo de mis hijos durante años. Tengo todas las habilidades necesarias.

Es, hasta cierto punto, una prueba. ¿Cuán vanidoso será él con su melena leonina?

Nada vanidoso, tal como se revela.

—Que tú me cortes el pelo sería el mayor de los regalos —dice él.

Ella le indica que se siente en el porche con una sábana alrededor del cuello. Él desiste del espejo ofrecido: su fe en ella parece ser absoluta. Durante toda la operación queda sentado sin abrir los ojos, sonriendo con aire ensoñado. ¿Será el tacto de los dedos de ella en su cuero cabelludo todo lo que basta para darle satisfacción? Acariciar la cabeza de un hombre: un acto inesperadamente íntimo.

—Tu pelo es muy fino —dice ella—. Parece más el de una mujer que el de un hombre.

Lo que no le dice es que está empezando a quedarse calvo en la coronilla. Pero quizá él ya lo sepa.

El padre de ella tuvo una enfermera que lo cuidó en sus últimas semanas y meses. Sin embargo era ella, Beatriz, a quien llamaban muchas veces en busca de ayuda. No era un rol para el que estuviera preparada, pero lo había ejecutado de forma bastante aceptable, para su propia sorpresa. Si el polaco cayera enfermo ahora, ella lo cuidaría. Le parecería algo perfectamente natural. Lo que es innatural es que llegue a su puerta no como un hombre viejo necesitando cuidados sino como amante.

29. —Nunca me hablaste de tu matrimonio —dice ella—. ¿Fue un matrimonio feliz?

—Mi matrimonio está muy atrás en el tiempo. En la Polonia comunista, además. En mil novecientos setenta y ocho se había acabado. Mil novecientos setenta y ocho es casi historia.

—Pero no porque tu matrimonio sea historia significa que no fue real. Los recuerdos son reales. Seguro tienes recuerdos.

El polaco esboza una de sus pequeñas sonrisas privadas.

—Algunos de nosotros recordamos los buenos recuerdos. Algunos de nosotros los malos recuerdos. Todos elegimos qué recordar. Algunos recuerdos los ponemos en el bajotierra. Es así como lo dicen, ¿bajotierra?

—Sí, es así como lo dicen. Bajo tierra. El cementerio de los malos recuerdos. Cuéntame alguno de tus buenos recuerdos. ¿Cómo era tu esposa? Cuál era su nombre.

—Su nombre era Maígorzata pero todo el mundo la llamaba Gosia. Era docente. Enseñaba inglés y alemán. Por ella pude perfeccionar mi inglés.

—¿Tienes alguna fotografía de ella?

—No.

Por supuesto que no. ¿Por qué debería tener una fotografía de ella?

Él no le pregunta por su matrimonio ni por los recuerdos asociados, buenos o malos. Él no pregunta si ella lleva consigo una

fotografía de su esposo adonde vaya. Él no pregunta sobre nada. Realmente poco curioso.

30. Esa es una de las conversaciones más íntimas que tienen. Por lo demás, cuando están juntos, guardan silencio. Ella no acostumbra a estar en silencio —con amigos puede ser entusiasta, parlanchina— pero del polaco parece emanar algo frío que cancela cualquier frivolidad. Ella se dice que es una cuestión de lenguas, que si ella fuera polaca o si él fuera español hablarían con mayor facilidad, como cualquier pareja normal. Pero si él fuera español sería un hombre diferente, tal como si ella fuera polaca sería una mujer diferente. Son lo que son: adultos, gente civilizada.

31. Ella lo lleva a almorzar a Fornalutx, no al pequeño restaurante íntimo que ella y su esposo frecuentan, sino a uno pegado a un hotel que un siglo atrás fue la residencia de una eminencia local. En el centro hay un patio a cielo abierto: los pájaros se lanzan en picada y se pavonean entre las mesas o se sumergen en la fuente. Nadie presta a atención a ellos dos, nadie muestra ningún interés. Son seres libres, que no deben rendir cuentas a nadie.

Ella va al baño de damas. Antes de regresar, al emerger de las sombras se detiene en la puerta, esperando que él levante la vista y la mire; luego se abre paso entre las mesas hacia él. Los ojos de él están fijos sobre ella, al igual que los ojos de los dos camareros.

Ella sabe del efecto que puede tener sobre los hombres. Gracia: un concepto no tan anticuado, después de todo. En Polonia o en Rusia, piensa ella, él revivirá este momento, el momento en que, cruzando el patio, le llegó una visión de la gracia encamada. Él pensará:

¿Qué hemos hecho para merecer esto, los comensales, los cocineros, los camareros, todos nosotros? Una gracia que desciende del cielo, arrojando su resplandor sobre nosotros.

32. Es su tercer día juntos en la casa. Loreto ha hecho los

quehaceres y se ha marchado. Ella, Beatriz, trata de leer pero está demasiado distraída. El tiempo se mueve con lentitud. Ella desea que pase.

Atardece. Va y toca la puerta en la cabaña.

—¿Witold? He preparado algo de cena.

Comen en silencio. Luego ella dice:

—Voy a ordenar y luego voy a retirarme. Dejaré la puerta de atrás sin llave. Si te sientes solo durante la noche y quieres venir, hazlo.

Eso es todo lo que ella dice. No quiere una conversación al respecto.

Se cepilla los dientes, se limpia el rostro, se peina el cabello, se examina en el espejo del baño. Mirarse en un espejo es algo que las mujeres hacen en libros y en películas, pero ella no está en un libro ni en una película y no se está mirando. No, es el ser al otro lado del espejo quien la está mirando a ella, a cuyo examen ahora se somete. ¿Qué es lo que esa otra ve?

Haciendo un esfuerzo, intensamente, trata de enviarse a sí misma a través del espejo para habitar ese yo ajeno, esa mirada ajena. No lo logra.

Se pone el camisón negro, abre las cortinas, apaga la luz. Entra y se derrama la luz de la luna. Todavía es una mujer guapa: puede aferrarse a eso. *¡Increíble lo bien que te mantienes!*, le dice Margarita. *¡Dos hijos y sigues teniendo la figura de una chica de dieciocho!* Bueno, que el polaco se maraville de la suerte que le ha tocado. ¿Pero qué dirían los dos hijos en cuestión si pudieran verla en este momento? *¡Mamá, cómo has sido capaz!*

Ella oye que se abre la puerta de atrás, oye los pasos de él, lo oye entrar en el dormitorio. Sin decir palabra el polaco se desviste; ella aparta los ojos. Siente el cuerpo de él extendiéndose junto a ella, siente ese pecho de bóveda y el vello que lo cubre en una mata espesa. *¡Cómo un oso!* piensa. *¿En qué me estoy metiendo? Pero es demasiado tarde: no hay vuelta atrás*.

Ella lo ayuda en el trabajo del amor lo mejor que puede. Aunque no tiene experiencia con hombres mayores, sospecha cuáles pueden

ser sus problemas en la cama, sus deficiencias. Es una experiencia extraña, y no poco atemorizante, tener ese peso gigantesco oprimiéndola, pero en breve ya ha terminado.

—Bueno, ya me has tenido —dice ella—. Has tenido a tu agraciada dama. ¿Estás satisfecho al fin?

—Mi corazón está lleno —dice él.

Él toma la mano de ella y la pone sobre su pecho. Ella puede sentir débilmente el latido de un corazón, *clop-clop-clop*, más rápido que el suyo, uniforme; de hecho, tan rápido que le parece alarmante. Lo último que quiere es un cadáver en su cama.

—No sé cómo se siente un corazón lleno —dice ella— como opuesto a un corazón vacío. Pero tienes que tener cuidado. ¿Me oyes? ¿Me entiendes?

—Te oigo, *cariño* —dice en castellano.

Cariño. ¿De dónde diablos sacó eso?

33. Ella no tiene ninguna intención de pasar la noche con ese pedazo de hombre en su cama.

—Ahora tengo que dormir —dice ella— y tú debes irte. Te veré en la mañana. Buenas noches, Witold. Que duermas bien.

Ella observa su perfil sombreado mientras él se pone la ropa. Hay un destello de luz cuando abre la puerta; un instante después se ha ido.

Tres noches más en Sóller. ¿Estará esperando el polaco que ella lo aloje en cada una de esas noches? Una ola de fatiga la inunda. Quisiera estar de regreso en su propia cama, en su propia vida, sin estas complicaciones. Quisiera, ante todo, dormir.

34. Pone especial cuidado, por la mañana, en la ropa, en el maquillaje. Para el momento en que llega a la cocina, el polaco ya ha terminado su desayuno. Ella le ofrece una mejilla para que él la bese.

—¿Has dormido bien? —pregunta ella.

Él asiente.

Lo observa por encima de su cuenco de frutas. ¿Qué aspecto

tiene él? Confundido, principalmente. Acaso insomne también.

La culpa es toda tuya, se reprende a sí misma. Dos extraños arrojados juntos a la oscuridad, llevando a cabo un acto para el que ninguno de los dos estaba preparado. Actores. Intérpretes. *Pensaste que saldrías libre, pensaste que no habría consecuencias, pero estabas equivocada, equivocada, equivocada*.

—¿Qué tal si vamos a nadar? —le ofrece—. ¿Has traído bañador? ¿No? Podemos comprarte uno en Sóller si quieres.

Van a una tienda de ropa. Amarillo es el único color que queda en el talle del polaco.

Todavía es temprano. En su playa favorita los grupos de familias no han llegado aún. La única gente por ahí son los aficionados a la natación.

Es una extraña experiencia para los dos, que hace unas pocas horas estaban desnudos en la misma cama, contemplarse ahora, semidesnudos, en la luz deslumbrante del sol. ¿Qué es lo que ella ve? Que las piernas del polaco son delgadas, casi larguiruchas. Ella espera que él no note la tracería de venillas azules en la parte interior de sus muslos.

Me das paz. Un cuerpo que lucha contra otro sudado. Un *shock* tanto para el hombre como para la mujer. Tras un duelo como ese, no caben ni la adoración ni la veneración. La adoración ha quedado del otro lado de la puerta.

En el agua se separan. Él permanece cerca de la costa, ella se adentra en lo profundo.

Sola en el mar: un intenso alivio. Podría hundirse, metamorfosearse en un delfín, sentir que todo el lío que ella ha creado es arrastrado por el agua. ¡Qué idea más estúpida invitar a un extraño a la casa donde su esposo pasó la niñez!

35. Han regresado a la casa.

—Quiero hablarte de Loreto —dice ella—. Loreto es mujer y tiene ojos de mujer. No tiene sentido tratar de disimular lo que está pasando. No obstante, no podemos ser flagrantes. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? No podemos insultarla machacando en un

adulterio delante de sus narices… porque eso es lo que es, adulterio es el nombre correcto. Ella tiene su orgullo. Se marchará y no regresará. Y yo seré humillada.

—Entiendo —dice el polaco—. No nos comportamos como amantes.

—Correcto. No nos comportamos como amantes.

—He sido tu amante desde el día en que te conocí y nadie lo sabe. Nadie en el mundo puede guardar un secreto mejor que yo.

—Si realmente crees eso, eres un tonto. Para mí, tú eres transparente. Para Loreto eres transparente. Para cualquier mujer eres transparente. Lo que te estoy pidiendo que hagas no tiene nada que ver con guardar secretos. Lo que te estoy pidiendo es mantener una ficción. ¿Puedes hacerlo, hacerlo de un modo respetuoso?

El polaco hace una reverencia con la cabeza.

—Dante el poeta fue el amante de Beatrice y nadie lo supo.

—Eso es una tontería. Beatrice lo sabía. Todas sus amigas lo sabían. Se reían sobre el tema, como lo hacen todas las chicas. ¿Realmente crees que eres Dante, Witold?

—No, no soy Dante. No soy un inspirado. Y no soy listo con las palabras.

36. Por la tarde van a dar un paseo a pie, siguiendo la misma ruta que sube a la colina.

—Cuéntame más sobre tu hija —dice ella—. ¿Salió a ti o a su madre?

—Si se pareciera a mí sería un desastre. No, se parece a su madre.

—¿Y en su vida interior? ¿Sigue a su madre en sus pasiones o te sigue a ti?

—¿Sí? ¿No? No lo puedo decir. Una hija no muestra sus pasiones al padre.

Ella lo deja pasar. *Passion*: ¿qué cree el polaco que significa esa palabra? ¿Cuerpos desnudos en una noche de verano?

Todas sus conversaciones parecen ser así: monedas entregadas y devueltas en la oscuridad, en total ignorancia de lo que tengan por

valor.

A veces ella tiene la sensación de que él no está oyendo lo que ella le dice, sino solo el tono de su voz, como si ella estuviera cantando en lugar de hablando. Ella no tiene gusto por su propia voz —demasiado baja, demasiado suave— pero él parece pendiente de cada entonación, como si la absorbiera. Él siempre ve lo mejor en ella.

Hay algo innatural en amar sin esperar que el amor sea retribuido.

¿Por qué está con él? ¿Por qué lo ha traído hasta aquí? ¿Qué es lo que le resulta grato de él, si es que algo le resulta grato? Hay una respuesta: que él disfrute de estar con ella de una forma tan transparente. Cuando ella entra en una habitación la expresión de él, por lo general tan adusta, se ilumina. En la mirada que la baña hay una porción de deseo masculino, pero a fin de cuentas es una mirada de admiración, de deslumbramiento, como si él no pudiera creer en su propia suerte. A ella le da placer ofrecerse a esa mirada.

También las manos de él han terminado por gustarle. Le divierte pensar que él se gana la vida con un trabajo manual.

Hay otros rasgos, sin embargo, que le irritan: su rigidez, su lejanía respecto de lo que lo rodea, ante todo el modo ampuloso en el que habla. Todo lo que él dice y todo lo que hace despierta una sensación de formalidad. Hasta en los brazos de ella no parece capaz de relajarse. Un espectáculo cómico, ellos dos haciendo el amor en inglés, una lengua cuyos alcances eróticos son desconocidos para ambos.

¿Es ella demasiado severa con él? ¿Acaso le falta ternura? ¿Naceremos cada uno de nosotros con una cierta cuota de ternura? ¿Habrá gastado toda su ternura en su esposo y sus hijos, sin resto para este amante tardío?

Y si no lo ama, ¿cuál será el nombre del sentimiento que ella tiene hacia él, el sentimiento que la hizo descender por este cuestionable camino?

Si tuviera que definirlo, lo llamaría lástima. Él se enamoró de ella y a ella le dio lástima y por lástima le concedió su deseo. Eso es

lo que había sucedido; ese había sido su error.

37. Su esposo llama por teléfono.

—¿Qué tal la estás pasando con tu amigo músico? —le pregunta.

—No tan mal. Llegó ayer en el autobús desde Valldemossa. Ha arreglado el piano en la habitación de atrás, tanto como fue posible, y ahora podremos usarlo. Hoy por la tarde lo llevaré en coche para mostrarle algo de la isla. Se irá mañana.

—¿Y a nivel personal?

—¿A nivel personal? Nos llevamos perfectamente bien. Es un poco arisco, pero me tiene sin cuidado.

No está acostumbrada a mentir, pero al teléfono no le resulta tan difícil. Y esas no son grandes mentiras. Al final serán lo mismo que nada. Sea lo que sea que haya ocurrido en Sóller será barrido hacia el pasado y olvidado.

38. En cada una de las tres noches que les quedan, el polaco la visita en su cama. La situación le recuerda a la historia de la muchacha griega que, nerviosa porque el oscuro extraño en su cama pudiera resultar ser un monstruo, encendía una lámpara y se daba cuenta de que era un dios. Bueno, ella, Beatriz, no necesita una lámpara. El extraño en su cama puede que no sea un monstruo pero seguro que no es un dios.

¿Y por qué la muchacha necesitaba ver a su visitante? ¿La opresión aplastante de un cuerpo ajeno, masculino, no eran suficientes?

El *shock* de lo nuevo. Un *shock* luminoso, como ser electrocutado, no un *shock* oscuro, como ser arrastrado y enterrado bajo un alud de lodo.

Hay un momento en la segunda noche en que del pasado resurge aquella deliciosa sensación de estar en caída. La había creído perdida para siempre, había creído que pertenecía solo a la juventud o hasta solo a la niñez: el terror y el deleite de arrojarse por un

tobogán de agua, cuando hemos abdicado de la voluntad y somos, por un instante, pura experiencia.

¿Qué más recuerda ella? Unos dedos que tocan su piel, extrayendo música de su cuerpo. El tacto de un músico.

A veces, cuando él está ocupado en el trabajo erótico, la mente de ella se deja llevar ociosamente hacia las indicaciones para la compra que dará a Loreto, hacia la cita con el dentista a la que no asistió.

Como amante, el hombre es bastante capaz pero no lo suficiente. No importa cuánta resolución tenga su espíritu, el polaco no puede evitar que lo decrépito de su ser físico, la falta de fuerza vital, no infecte su modo de hacer el amor. Él hace lo mejor que puede para disimularlo, y cada vez que se despide de la cama de ella, le agradece: «Te agradezco de todo corazón». Y el propio corazón de ella se llena de lástima, si no de amor hacia él, en esos momentos. ¡Qué duro ser un hombre!

No se siente con el valor suficiente para acariciarlo. Él está consciente, ella lo sabe, de esa renuencia de su parte, este desagrado físico. La consciencia de esto se cuela en el ritual de esos agradecimientos. *Gracias por descender tan bajo*.

Ella debería sentirse culpable. Una no debería ir a la cama con un hombre no deseado. Pero ella no siente culpa. *Doy lo suficiente*, se dice a sí misma. *Y no es para siempre*.

39. *Be-a-triz*, le susurra él al oído. *Moriré con tu nombre en los labios*.

40. Ella está en sus brazos. Es la última noche juntos. Ella habla. —Esto no es fácil de decir, Witold, pero esta noche llegamos a un punto final. No nos volveremos a ver. Este asunto me hace la vida demasiado difícil. No necesito dar explicaciones. Solo acéptalo.

Ella se alegra de que estén a oscuras. No le gusta hacer daño a la gente; no quiere ver ningún tipo de mirada acongojada en la cara de él.

—No pienses mal de mí. Por favor. Hay un autobús que sale

para Valldemossa a las 8:15. Te llevaré en coche a la estación.

Ella ha estado practicando su discurso con antelación, por tanto, es entendible que el momento se sienta artificial, como si ella estuviera en algún lugar afuera, o planeando por encima de sus cabezas, oyendo la voz de la mujer, observando la reacción del hombre.

El hombre reacciona soltando el abrazo, que hace un momento era cálido pero ahora se ha vuelto frío; reacciona alejándose, poniéndose de pie, buscando su ropa. Reacciona dirigiéndose a la puerta (con un leve traspié en la oscuridad) y retirándose; si presta atención ella puede oír el clic de la puerta de la cocina cerrándose cuando él sale.

Ella se permite dar un suspiro. Se alegra, se alegra indeciblemente de que él no haya reaccionado con enfado, herido el amor propio, que no se haya humillado con súplicas. Si él hubiera suplicado, ella se hubiera vuelto en contra de él para siempre.

41. Pero él hace una súplica, después de todo, una última súplica de camino al autobús la mañana siguiente.

—Cuando haya terminado Rusia podríamos ir a Brasil —dice él —. Tú podrías bañarte en el mar de Brasil.

—No —dice ella—. No voy a seguirte alrededor del mundo, ni a ti ni a ningún otro hombre. No.

Llegan a la parada del autobús.

—No me quedaré esperando —dice ella—. Adiós.

Lo besa en los labios. De inmediato se marcha.

42. De regreso en la casa, revisa la cabaña. El polaco no ha dejado ninguna huella, ningún rastro físico. Un buen huésped.

43. —¿El señor vuelve? —pregunta Loreto.

—No, el señor ha sido llamado de vuelta a su tierra natal. A Polonia. No volverá.

44. Durante el resto del día, ella cumple con sus rutinas en forma lenta, calma, deliberada. Sigue en un estado de *shock*, lo reconoce, y así ha estado desde que el polaco se apersonó en su dormitorio por primera vez. Si se mantiene en calma y permite que el tiempo haga su trabajo, el estado de *shock* —que se imagina como una sábana que la envuelve de forma tan apretada que apenas si puede respirar— la soltará y la vida retomará su orden habitual.

Una sábana o algún otro marco, como aquel de la historia griega, una cama donde se aplastaban a presión los miembros de alguien hasta que encajase con la idea del otro de cómo ese alguien debía ser.

El polaco también, por lo que ella sabe. El polaco con la inconveniencia de sus largas piernas y sus grandes manos puede que también haya sido aplastado y retorcido dentro de su propio marco.

45. En los días antes de volar de regreso a Barcelona, ella tiene tiempo de reorganizar sus recuerdos y escoger la historia que se contará a sí misma, la historia que se convertirá en su historia. Decide que ha tenido un *fling* (usa el término inglés), que ha tenido una aventura amorosa con un músico invitado, que ha tenido su gratificación pero ahora ha terminado. Si Margarita, que es intuitiva, la acusara de haber hecho algo así (*¡Has estado con alguien! ¡Me doy cuenta!*), ella no lo disimularía. *Fue con ese pianista polaco que tú trajiste a Barcelona, ¿lo recuerdas? Estaba tocando en el Festival de Chopin. Él no tenía ataduras, yo no tenía ataduras, y pasamos unos pocos días juntos. Nada serio. Estoy segura de que él tiene muchos affaires*.

Está preparada para la posibilidad de que su historia esté incompleta y que, en ciertos aspectos, sea falsa. Pero, estudiando su corazón, no encuentra ningún residuo oscuro: ni remordimiento, ni pena, ni añoranza; nada que le afecte el futuro.

Nada serio. ¿Es el amor un estado de la mente, un estado del ser, un fenómeno, una moda que va quedando relegada, mientras la observamos, en el pasado, en los remotos reinos de la historia? El polaco estaba enamorado de ella, *gravemente* enamorado —y es probable que lo siga estando— pero el polaco mismo es una reliquia

de la historia y de una época en que el deseo debía estar teñido de lo inalcanzable antes de ser considerado algo auténtico. ¿Y qué pasaba con ella, Beatriz, su amada? Bien, sin dudas ella no era inalcanzable. Por el contrario, era demasiado alcanzable. *Ven a visitarme a mi casa. Ven a visitarme a mi cama*. Si se ha salvado a sí misma, al final, del estigma de ser demasiado alcanzable, es solo por haber despedido al polaco sin contemplaciones, el polaco que, sin duda alguna, deberá estar en este momento fabricando una historia propia sobre la cruel amante española que dejó una herida en su corazón que le tomará mucho tiempo curar.

CAPÍTULO 4

1. Por un tiempo, tras su regreso a Barcelona, ella continúa en un leve estado de *shock*. Le sorprende que lo que ocurrió en Mallorca pueda tener un efecto tan duradero, como una bomba que explota sin causar daños pero nos deja aturdidos.

Estar en estado de *shock* no le impide zambullirse de vuelta en sus actividades. Ha sido llamada a formar parte de un comité que financiará residencias para músicos jóvenes en ascenso: pasa horas cada día al teléfono. Y además está el Círculo de Conciertos, cuya audiencia está en disminución a la par que sus miembros van envejeciendo o enfermándose. Tomás Lesinski ha muerto; su esposa Ester está en proceso de mudarse a Francia para vivir con su hija. La subvención que el Círculo recibe de la ciudad está a punto de ser rebajada a la mitad («dificultades financieras»): deberán recortar el programa de diez a seis conciertos por año.

Ella no echa de menos al polaco, para nada. Él le escribe. Ella borra las cartas sin leerlas.

2. En octubre de 2019, en una visita a la Sala Mompou, un secretario le dice que alguien está tratando de contactarla desde Alemania.

—Es sobre un músico que alguna vez tocó aquí, no registré el nombre, sonaba ruso. La mujer dejó su número.

Ella llama al número y escucha un mensaje grabado en alemán. En inglés ella deja un recado con su nombre.

Le devuelven la llamada.

—Soy Ewa Reichert, mi padre es Witold Walczykiewicz, ha fallecido, ¿usted lo sabía?

—No, no lo sabía. Lo lamento. Le doy mi pésame.

—Estuvo enfermo por mucho tiempo.

—No sabía nada de esto. Perdí contacto con su padre hace algún tiempo. Será recordado. Fue un gran pianista.

—Sí. Hay algunas cosas que él dejó para usted.

—Ah… ¿qué tipo de cosas?

—No he mirado lo que eran. Están todavía en Varsovia, en el apartamento. ¿Usted estuvo ahí alguna vez?

—Nunca he estado en Varsovia, señora Reichert, Ewa. Nunca he estado en Polonia. ¿Está segura de que soy la persona correcta?

—Este es el número al que yo llamé y ahora usted me está llamando. De modo que debe ser usted, ¿no?

—Entiendo. ¿Me podría mandar esas cosas por correo?

—Yo estoy en Berlín, no puedo mandar nada. Le doy el número de la vecina en Varsovia, y luego usted lo arreglará como le parezca. Su nombre es Pani Jablonska, por mucho tiempo fue amiga de mi padre. Ella puso todas las cosas para usted en una caja con su nombre. Lo único es que debe darse prisa. Estoy esperando los papeles del abogado, luego venderé el apartamento. O quizá esto no es importante para usted, yo no lo sé, es decisión suya. Pero se lo digo de nuevo, debe darse prisa. Hay una *wohltätige Organisation* en Varsovia, no sé cómo se dice en inglés: tengo planeado decirles que se lleven todo del apartamento, que lo limpien, es así como trabajan. Así que si usted quiere esas cosas, llame a Pani Jablonska.

La mujer le dicta una dirección y un número de teléfono en Varsovia.

—Gracias. Hablaré con Pani Jablonska y veré qué se puede hacer. ¿Usted no tiene idea de qué pueden ser esas cosas que su padre quería que yo tuviera?

—No. Mi padre nunca me contó de sus secretos. Por cierto, Pani Jablonska no habla inglés, así que necesitará un traductor cuando la llame.

—Gracias. Gracias por informarme de esto. Adiós.

Secrets. De modo que ella es uno de los secretos del polaco, el secreto de Barcelona. ¿Qué otros secretos habrá dejado el polaco en otras ciudades alrededor del mundo?

3. Ella llama a un servicio de mensajería. Sí, operan en Polonia, operan en todas partes de Europa. Sí, pueden recoger un envío en una dirección de Varsovia. ¿En qué consiste el envío? ¿Una caja? ¿Una caja grande? ¿Una caja pequeña? Para un envío de menos de cinco kilos, un servicio puerta a puerta, el precio es ciento ochenta euros más tasas de aduana si aplican aranceles aduaneros, eso depende de lo que haya en la caja. ¿Qué hay en la caja? ¿Fotos? ¿CDs? ¿CDs usados? Normalmente no hay aranceles aduaneros para ese tipo de artículos dentro de la UE. ¿Quiere ella proceder o no?

—Antes déjeme que arregle los detalles de cuándo lo podrán recoger —dice ella—. Volveré a llamar.

4. Uno de los violinistas de la orquesta de cámara que utiliza la Sala Mompou es ruso. Ella lo aborda después de un ensayo.

—¿Puedo hablarle un momento? Necesito mandar un mensaje a una señora en Polonia. Tengo aquí el número. Si la llamo, ¿puede usted hablarle y darle mi mensaje? Un servicio de mensajería pasará el viernes a buscar una caja. ¿Puede hacer eso por mí?

—No hablo polaco —dice el violinista—. Polaco no es ruso, es lengua diferente.

—Sí, lo sé, pero esta es una señora de edad, ha vivido mucha historia, debe saber algo de ruso, y es un mensaje muy simple.

—Hablar ruso a polacos es como insulto, pero lo hago por usted. ¿Mensajería llega el viernes?

—La mensajería llega el viernes, ella tiene que darles la caja.

Ella marca el número de Pani Jablonska y le pasa el teléfono.

Nadie responde.

—Escriba el texto en ruso y lo mandaré. El texto es: *Buenos días, Pani Jablonska. Mi nombre es Beatriz, soy amiga de Pan Witold. Un servicio de mensajería pasará el viernes. Por favor entregue a ellos la caja*.

—Escribo en alfabeto romano —dice el violinista. Y escribe: *Dobry den, Pani Yablonska. Menya zovut Beatriz, ya drug*…—. Aquí, escriba por favor el nombre del polaco. *Kuryer priedet v piatnitsu. Poshaluista, otdaite korobku kurieru*.

—No es buen ruso, pero quizá la señora polaca entiende. Me voy ahora. ¿Me dice si tiene éxito?

Y el hombre se marcha a toda prisa.

Nadie responde al texto en ruso. A la mañana siguiente, temprano, con las palabras rusas a la mano, listas para ser repetidas, llama a Pani Jablonska. Una vez más, no hay respuesta. Llama a todas las horas, ese día y esa noche, sin resultado.

5. ¿Qué podrá haberle dejado el polaco? Sea lo que sea, ¿merecerá todo este alboroto? ¿Tiene ella ganas de escuchar más de esas grabaciones de Chopin?

El futuro está abierto ante ella y el polaco trata de retenerla. Desde la tumba, estira una garra gigante para arrastrarla al pasado. Pues bien, ella no tiene por qué someterse. Puede zafarse de la garra. Al servicio de mensajería puede decirle: *Cancele mi orden*. A la hija del polaco puede decirle: *Es demasiado complicado, hablar en un galimatías ruso a Pani Jablonska, que no entenderá de todas formas. Así que siga adelante, vacíe el apartamento de su padre, venda todo, quíteselo de encima*. Al hombre que está en la tumba puede decirle: *No tienes ningún poder sobre mí. Estás muerto. Acaso estar muerto sea una nueva experiencia para ti, pero te acostumbrarás. No es un destino poco común encontrarse con que uno está muerto y olvidado*.

6. Llama por teléfono de vuelta a Ewa, la hija.

—Me he puesto en contacto con un servicio de mensajería. Dicen que pueden pasar a recoger la caja, sin problema. El problema es Pani jablonska. No responde a mis llamados. Quizá le haya sucedido algo, no lo sé. ¿Hay alguien más que pueda darle la caja al servicio de mensajería?

—Está la *Agentur*, ellos están vendiendo el apartamento y tienen

la llave. ¿Por qué no llama a la *Agentur* y les explica?

—¿Explicar qué, Ewa?

Ella no puede evitar el tono cortante de su propia voz.

Se oyen unos ruidos de fondo.

—*Ich komme!* —grita Ewa—. Debo irme. Le mando el número de la *Agentur*, y así usted les explica. Adiós.

¿Explicar qué?

7. El apartamento no es en absoluto lo que ella había esperado. Para empezar, no está en Varsovia propiamente dicha sino en los suburbios alejados. Desde la calle en que el taxi la deja, tiene que cruzar un aparcamiento y una plaza de juegos donde tres niños juegan a las carreras con sus bicicletas y un perrito blanco que los persigue a toda prisa, dando pequeños ladridos y tratando de morderles los neumáticos. Y luego, el edificio de apartamentos, desprovisto de todo carácter, está construido en el mismo esquema monótono que los bloques de pisos en los barrios obreros de Barcelona. ¿Por qué habrá elegido vivir en un sitio como este entre tantos otros?

Ha llegado temprano a la cita. Da una vuelta alrededor del bloque de edificios. Desde un balcón de los pisos de arriba, una vieja vestida de negro la espía con recelo. Es octubre; los árboles —¿arces? — están perdiendo las hojas.

En la entrada del edificio se encuentra con el agente inmobiliario, un joven con un traje que no es de su talle. Él le da la mano; su inglés, todo indica, es rudimentario.

—Gracias por venir —dice ella—. Entiende usted que no quiero comprar el apartamento, solo he venido a recoger algo. No necesito más que un minuto de su tiempo.

Él no se mueve. ¿Habrá entendido?

—Ábrame por favor la puerta. —Ella hace un movimiento de giro: una llave dando la vuelta en una cerradura—. Recojo la caja. Y nos vamos. Usted queda libre. Eso es todo. ¿OK?

—OK —dice él.

Hay un problema con la puerta. La llave en su aro, la llave con la

etiqueta 2-30 —él le muestra la etiqueta y el número del apartamento— no encaja en la cerradura. El joven alza los hombros en gesto de impotencia. *¿Qué puedo hacer?* dice su expresión.

Ella le quita el manojo y trata con otra llave. La puerta se abre.

—¿Ve? —dice ella.

Ella entra y el agente la sigue detrás.

Esperaba muebles de caoba, penumbra, polvo, estanterías crujiendo bajo el peso de los libros, arañas en las esquinas. Pero lo cierto es que, a excepción de unas cajas de cartón en una esquina y cuatro sillas de plástico encajadas una sobre la otra, la habitación de la entrada está vacía y —puesto que han quitado las cortinas— inundada de la luz del sol.

Ella se asoma a una cocina minúscula, a un baño con una cortina de plástico, marrón por el paso del tiempo.

—¿Está seguro de que este es el apartamento correcto? — pregunta ella.

El agente le muestra de nuevo la llave, 2-30, la llave que no encaja.

Se le ocurre que todo podría ser un truco, un truco malicioso: no solo el apartamento, sino también el edificio sería el incorrecto, lo mismo el barrio de la ciudad, quizá hasta el agente inmobiliario. Un truco del que solo una persona podría ser responsable: la hija en Berlín, Ewa. Ewa acaso la haya enviado, por pura mala voluntad, a una misión absurda. *¿Quién es esta Beatriz? Una más de las muchas novias de mi padre*.

Pero se equivoca. No hay truco alguno. La segunda habitación está atiborrada. Contiene una cama (simple), dos cómodas, un perchero con ropa de hombre, una tabla de planchar con un girasol de plástico en una vasija, un espejo con marco dorado, un enorme secreter con una gigantesca máquina de escribir.

Hay también una tercera habitación, que da paso a otra cocina y a otro baño. Esta habitación está vacía a excepción de un piano. En una de las paredes hay una publicidad enmarcada de un recital en el Wigmore Hall, con fecha de 1991 y la imagen de uno de los yoes jóvenes del polaco, que mira abstraído a la distancia. Sobre la tapa

del piano: una foto del joven Witold en blanco y negro, serio, recibiendo algún tipo de premio de un hombre en traje de levita; un busto en yeso de Johann Sebastian Bach; una foto más reciente de Witold, cruzadas las manos, en el centro de una fila de mujeres con vestidos de noche relucientes, entre las cuales, sorprendentemente, se reconoce a sí misma. Las hermanas del Círculo de Conciertos tal como eran en 2015, menos Margarita. Nunca antes había visto esa foto. ¿De dónde la habrá sacado él?

—¡Vea! —dice ella, señalando la foto.

El agente inmobiliario espía por sobre su hombro.

—Es usted —dice.

—Sí —dice ella— soy yo.

¡En efecto! Año tras año, sin que ella lo sepa, su imagen ha estado emitiendo una débil luz sobre este inhóspito cuarto en esta ciudad ajena.

¿Pero qué pasaba con la caja, la preciosa caja que la esquiva Pani Jablonska había preparado para ella, la caja por la cual ella ha cruzado medio continente?

Las cajas de cartón en la habitación de la entrada —debe haber unas veinte— están etiquetadas con garabatos que ella no puede descifrar.

—¿Me podría ayudar? —le dice al joven—. ¿Puede decirme qué contienen estas cajas?

El joven se quita la chaqueta y se pone en acción.

—Esta… esta… esta… libros. Todos libros. Solo esta… esta… no libros.

El joven separa dos cajas de la pila. Ella las abre con un cuchillo de cocina. Ropa de hombre que huele a alcanfor; enseres de cocina; medicamentos; cachivaches; nada para ella.

—¿Está buscando esto? —dice el agente.

Sostiene en la mano una pequeña caja gris con una etiqueta. Ella lee: WITOLD WALCZYKIEWICZ 19.VII.2019. Abre la caja. Contiene una urna de porcelana y la urna contiene ceniza.

—¿Dónde la encontró? —pregunta ella.

El agente indica un estante de la cocina.

—Póngala de vuelta en su lugar, por favor.

Llama al número de Ewa, deja un mensaje: «Ewa, estoy en el apartamento de su padre. Tengo aquí al agente inmobiliario. No podemos encontrar la caja de Pani jablonska. Por favor llámeme urgente».

Distraídamente, el agente toca una escala en el piano. Trata de sentarse, pero la butaca del piano se resiste. Del gabinete de la butaca extrae un archivador de cartulina. Sobre la cartulina, una etiqueta pegada con el nombre de ella y el número de teléfono de la Sala Mompou.

Ella abre el archivador. Papeles sueltos. Una carpeta. Una fotografía de ella, en traje de baño y un ancho sombrero de paja, tomada hace muchos años, que el polaco debe haber robado de la casa de Sóller.

—Es esto —dice ella—. Esto es lo que estábamos buscando. Gracias, gracias. Estoy muy agradecida. Usted está libre si quiere irse. Yo me quedaré un momento más. Cierro la puerta al salir. ¿OK?

El joven parece dubitativo. ¿Acaso no confía en ella? Ella le tiende la mano, que él toma tras un instante de vacilación.

—Gracias de nuevo. Adiós. *Do widzenia*.

Y lo ve partir.

8. Examina los papeles sueltos: son las impresiones del puñado de *emails* que se intercambiaron, nada más. Abre la carpeta. Contiene lo que con toda evidencia son poemas, en polaco, cada uno en una página distinta, mecanografiados y numerados del I al LXXXIV.

De modo que es esto lo que Witold W., el pianista cada vez menos famoso, le ha dejado: no música sino algún tipo de manuscrito. Y este sitio es donde debe haber estado viviendo mientras lo preparaba: este inhóspito y pequeño apartamento en este barrio de la ciudad de su nacimiento. Desconcertante. Pero quizá esta era la idea del polaco de una celda de monje, un lugar para apartarse del mundo.

Ella va hojeando los poemas, buscando su nombre entre la

maraña de las consonantes, y lo encuentra varias veces: no Beatriz sino Beatrice. Por tanto: un libro sobre Beatrice, compuesto por un oscuro seguidor de Dante.

9. Ella podría meterlo de vuelta en el compartimento de la butaca del piano y dejarlo para que se deshagan de todo en la casa de remates. O podría agregarlo a la caja de basuras diversas en la habitación de la entrada, para que el paquete acabe su existencia entre envoltorios de comida y cáscaras de naranja y poliestireno en un basurero en algún terreno baldío del campo polaco. Podría hacer eso, cerrar la puerta tras de sí (*¡clic!*) y llamar a un taxi y llegar al aeropuerto a tiempo para su vuelo de última hora de la tarde con regreso a Barcelona vía Frankfurt y nunca más dedicar un solo pensamiento al polaco y a su libro sobre Beatrice.

O bien podría llevarse los poemas consigo de regreso a Barcelona y dar con alguien que los traduzca y mandarlos a imprimir, a mano, sobre papel telado, en una edición limitada de diez copias, *El libro de Beatriz* por W. W. Una copia para la hija de Berlín, para demostrarle que ella, Beatriz/Beatrice, no era ninguna puta, el resto para almacenarlo en un armario y que sus hijos lo descubran tras su muerte y se enteren de cuán altas, cuán bajas pasiones era capaz de inspirar su madre, aun en sus años maduros.

¿Qué hacer? ¿Llevarse con ella los poemas o dejarlos, abandonarlos aquí, olvidarlos? El hombre está muerto. A la hija del hombre no le importa. A nadie —más que a sí misma— debe dar explicaciones.

10. Tiene que leer a Dante. Su educación nunca la llevó hasta Dante. Conoce la pintura de él, la famosa imagen, pero no la poesía.

Unos rasgos no poco parecidos a los del polaco. El mismo ceño fruncido.

Deberías sonreír más, le había dicho ella una vez. *Tienes una bonita sonrisa. Te ganarías la simpatía de la gente si pudieras aprender a sonreír*.

11. De ella también se ha ganado la simpatía, ahora que tiene ese testamento en sus manos. Es cierto que a ella no le entusiasmaban las grandes pasiones, las pasiones imposibles —evidentemente no son parte de su constitución— pero eso no quiere decir que no admire las grandes pasiones de los demás. Es agradable saber que él no la olvidó, que lejos de olvidarla, la celebró en versos. Su Beatrice. No debe haber sido fácil. Aun en español hace falta talento para hacer que rimen las palabras. ¡Imaginarse hacerlo en polaco!

12. Debería tener una conversación con la hija, Ewa. Al teléfono la hija causaba la impresión de ser fría y desconsiderada, pero acaso fuera solo el fantasma de la lengua alemana rondando por encima del inglés. Podría pasar a verla en su ajetreadísimo restaurante de Berlín. Hola, Ewa, permítame que me presente. Soy Beatriz, la amiga de su padre, de Barcelona. Si tuviera un momento, si nadie la necesita en la cocina, ¿podemos sentarnos y hablar? Probablemente pienses que soy una de esas harpías que entierran sus garras en los hombres famosos y les chupan la sangre. Pues bien, estás equivocada. No soy para nada así. Yo no busqué llamar la atención de tu padre. Fue él quien se enamoró de mí. Yo podría haberle cerrado la puerta en la cara, pero no lo hice. Lo traté con gentileza, tan gentilmente como pude. Los recuerdos que dejé en él fueron, en su mayoría, felices. Si no me crees, mira esto: son los poemas que escribió para mí.

13. El reloj hace su tic-tac. Son las tres de la tarde. Si pretende dormir hoy en su cama debe ponerse en marcha ahora mismo. Si no, podría pasar la noche en Varsovia y salir en un vuelo por la mañana. Podría instalarse en este apartamento, explorar el vecindario, conseguir algo para comer, algún plato auténticamente polaco (¿qué podrá ser eso?, ¿morcilla, patatas cocidas, sauerkraut?), dormir en la cama del muerto. Hay problemas de orden práctico (no hay electricidad, no hay sábanas), pero no son insuperables. Si el hombre había sufrido por ella —de hecho, había languidecido por ella—,

¿ella no le debía sufrir un poco a cambio?

14. Deja un mensaje a su esposo en el teléfono: *Me quedo en Varsovia. Mañana regreso*.

15. Los niños de las bicicletas se han ido, junto con el perro. Ella da una vuelta por el vecindario. No hay nada que valga la pena ver, nada que no pueda encontrar también en su propio país. En una tienda montada en un cuartucho (*Supermarket* dice el cartel) compra un paquete de albaricoques secos, un paquete de galletas, una botella de agua. Regresa al apartamento y, usando la última luz del día, saca un pulóver de lana y un par de pantalones de pana de las cajas. Su ropa de dormir. No está cortado el suministro de agua, puede lavarse un poco.

16. Duerme, no sueña. Ella nunca sueña. Sin embargo, durante la noche, se despierta por un instante, sintiendo que hay alguien más en el apartamento. «Witold, si eres tú, ven y acuéstate a mi lado», murmura a la oscuridad. No hay ningún movimiento en respuesta, ningún sonido. Vuelve a dormirse.

17. Por la mañana, llama a un taxi y a las nueve está en el aeropuerto. Le queda una larga espera hasta su vuelo; la usa para desayunar sin prisa, tomar un masaje, hacerse la manicura. A las seis de la tarde está de regreso en casa, descansada y sonriente.

—Recibí tu mensaje —dice su esposo—. ¿Qué tal el viaje? ¿Tengo que ponerme celoso?

—El hombre está muerto —dice ella—. ¿Cómo podrías sentirte celoso?

—Alienación de afectos, como dicen los americanos —dice él—. ¿No quedaron alienados, tus afectos?

—No seas ridículo. Yo nunca estuve enamorada. Él estaba enamorado de mí. Un *affaire* unilateral. Eso es todo.

—¿Y has traído la caja, la famosa caja? ¿Qué había dentro?

—Hubo un malentendido. Evidentemente malinterpreté a la hija. Me había imaginado algo personal, pero lo único que me dejó fue un libro que él había publicado sobre Chopin, en polaco. Como recuerdo. Como memento.

—Así que ha sido una pérdida de tiempo, el viaje.

—No del todo. Pude ver Polonia, o al menos una parte. Pude ver dónde vivía Witold. Pude decirle adiós.

—Fue importante para ti, ¿no?

—No, importante no, no en sí mismo. Pero de vez en cuando hace falta que algo nos dé confianza en nosotras mismas, a las mujeres. Nos hace falta una prueba de que aún podemos causar una buena impresión.

—¿Y yo no aporto nada esa prueba?

—Sí. Pero no lo suficiente.

18. *No importante*. ¿Estaba mintiendo? *Nunca estuve enamorada*. Verdad. *Él estaba enamorado de mí*. Verdad. ¿Dónde está aquí la mentira?

Ella tiene secretos frente a su esposo, así como él los tiene frente a ella. En un buen matrimonio, los integrantes de la pareja respetan el derecho del otro a tener secretos. Ella tiene un buen matrimonio; y lo que ocurrió en Mallorca cuenta como uno de sus secretos.

Su esposo es un hombre de mundo. Sabe cuán amplio puede ser el terreno de la frase *No fuimos amantes*: lo que puede incluir, lo que excluye. Excluye *Mi corazón le pertenece*. El corazón de ella nunca perteneció al polaco.

19. El libro sobre Chopin, el recordatorio, no es una ficción. Ella lo sacó de una de las cajas en el apartamento y se lo llevó a casa para poder decirle a su esposo: *Mira: este fue su último regalo para mí*.

CAPÍTULO 5

1. Ella abre un programa de traducción, polaco a español, e ingresa el primer poema de los ochenta y cuatro, teniendo cuidado de incluir cada punto y cada trazo y cada curva. Lo que aparece después de haber apretado el botón no tiene mucho sentido. Hay tres hombres en el poema: Homero, Dante Alighieri y un vagabundo sin nombre que, con un animal a su lado —es de suponer un perro— les sigue los pasos, rondando por ciudades atestadas y pidiendo a la gente dinero. Este mendigo conoce a una mujer con una hermosa mancha rosa de nacimiento, una mujer que le trae paz. Tras lo cual el mendigo está en Varsovia, ciudad de su nacimiento y muerte, donde canta alabanzas al poeta —¿Homero? ¿Dante?— que le ha mostrado el camino.

El mendigo es claramente el polaco mismo, mientras que ella, Beatriz, es, se supone, la mujer con la marca de nacimiento. ¿Pero por qué una marca de nacimiento? ¿Será la marca de nacimiento un símbolo de algún tipo? ¿Un símbolo de un defecto oculto, acaso, disimulado por la ropa?

Ella no pretende que el ordenador le entregue una traducción perfecta. Todo lo que quiere es una respuesta a la pregunta: ¿El tono de los poemas es positivo o negativo, celebratorio o acusatorio? ¿Son un himno a la amada? ¿O, por el contrario, son la última y amarga palabra de un amante despechado? Una pregunta lo bastante simple; pero la máquina es tan insensible como estúpida.

2. Tomás, su hijo mayor, el que ha sido siempre más cercano a ella,

viene a comer con su esposa y su hijo. Tras la comida, ella aprovecha una oportunidad para hablarle a solas.

—¿Conoces por casualidad a alguien que hable polaco? Necesito una traducción.

—¿Polaco? No. ¿Qué es exactamente lo que necesitas traducir?

—Es una larga historia, Tomás. Hace algunos años conocí a un polaco que se encaprichó de mí. Murió hace poco y su hija encontró una serie de poemas que él escribió, al parecer dedicados a mí, que me hizo llegar. Estoy segura de que no son gran poesía. Pero es triste pensar que dedicó tanto trabajo y que nadie los leerá jamás. Lo he intentado con el ordenador, pero el lenguaje es demasiado complicado para la máquina.

—Preguntaré entre mis conocidos. Conozco a alguien de la universidad de Vic. Tienen un equipo especializado en enseñanza de lenguas. Quizá haya algún especialista en polaco en el equipo. Voy a averiguar. ¿Estaba enamorado de ti ese polaco? ¿Quién era?

—Fue un pianista, bastante conocido. Hizo grabaciones para el DGG. Nos conocimos hace algunos años cuando vino a tocar para el Círculo. Tenía ideas poco realistas sobre mí. Quería que me escapara con él a Brasil.

—¿Quería que lo dejaras todo, así sin más, y te fueras con él?

—Bueno, estaba colado por mí. Yo no me lo tomé muy en serio. Pero ahora aparecen estos poemas. Y me siento un poco culpable. Siento que tengo la obligación de leerlos. A ver qué puedes averiguar. Pero por favor no le digas nada a tu padre. Solo complicaría las cosas.

3. Al día siguiente llama Tomás. Lamentablemente no dan clases de polaco en la Vic. La gente de allí le aconsejó que pruebe en el consulado polaco.

En la página web del consulado polaco ella encuentra una breve lista de traductores acreditados. Llama a la primera de la lista: Clara Weisz Urizza, Lie. (Trieste), Dip.Tr. (Milán).

—Tengo un texto en polaco que quisiera traducir. ¿Puede decirme cuánto cobra?

—Depende de qué tipo de texto. ¿Es un documento legal?

—Es un conjunto de poemas, ochenta y cuatro en total, la mayoría bastante cortos.

—¿Poesía? No soy traductora literaria. Normalmente traduzco documentos comerciales y legales. Pero envíeme una muestra y veré lo que puedo hacer.

—Preferiría llevarle los poemas en persona. No quiero que circulen.

—Yo trabajo durante el día en una agencia de viajes. —Le da el nombre de la agencia en Las Ramblas—. Puede dejar la muestra allí.

—Preferiría manejarme con usted en persona. Si eso no es posible, dígamelo, y buscaré otra opción.

4. El domingo se toma un taxi a la dirección de la señora Weisz en Gracia. La señora Weisz resulta ser una mujer de pelo gris con busto desbordante que habla un rápido castellano con acento italiano. El apartamento está sobrecalefaccionado, sin embargo la mujer lleva puesto un pulóver.

Le ofrece café y galletas demasiado dulces.

—Le confieso que nunca hasta ahora he intentado traducir poesía —dice—. Espero que no sea demasiado moderna.

Ella, Beatriz, le entrega una copia de los diez primeros poemas.

—El autor es un conocido de Varsovia. Ha muerto. No era escritor profesional. No tengo idea de la calidad de los versos.

—¿Qué es lo que desea? —dice la señora Weisz—. ¿Quiere una traducción que luego pueda publicar?

—No, para nada. Nosotros, me refiero a mí y a la hija del autor, no tenemos planes de publicarlos. Como primer paso me gustaría tener algún idea de lo que dicen los poemas, de qué se tratan.

La señora Weisz hojea los poemas sacudiendo la cabeza.

—Estos poemas… yo puedo traducirle las palabras, puedo convertir palabras polacas a palabras españolas, pero no le puedo decir: Esto es de lo que se trata el poema, esto es lo que quiere decir. ¿Entiende usted a qué me refiero? Normalmente traduzco documentos legales, contratos. Cuando traduzco un contrato tengo

que estar preparada para jurar que la traducción es correcta. Eso es lo que se exige a un traductor acreditado. Pero interpretar el contrato, decir lo que significa, ese no es mi trabajo, ese es el trabajo de un abogado. ¿Me explico? Así que: yo traduzco estos poemas para usted, y luego usted decide lo que significan.

—Vale, de acuerdo. ¿Cuáles son los honorarios?

—Los honorarios son setenta y cinco euros la hora, esta es la tarifa estándar, todos cobramos lo mismo. ¿Cuántas horas? Me dice usted ochenta poemas, una página por poema. Quizá diez horas, quizá veinte, quizá más, no le puedo asegurar nada. Para mí la poesía es un campo nuevo.

—Algunos de los poemas ocupan más de una página, así que el número total de páginas quizá se acerque a las cien. ¿Podría traducirme ahora mismo el primer poema? Solo una traducción aproximada. Así me hago una idea del tono. Le pagaré la hora.

—El primer poema. Dice: *El extranjero debe saber que este hombre ha viajado por muchos años y tocado el harpa en muchas ciudades y hablado con animales. El extranjero debe saber que este hombre* —no pone el nombre del hombre— *siguió los pasos de Homero y Dante y permaneció en oscuros bosques y cruzó el mar color del vino*. Luego el poema dice así: *Halló la rosa perfecta entre las piernas de una cierta mujer, y así alcanzó la paz final. Él canta su canción en Varsovia, la ciudad en que nació y murió, y la canta en honor de la mujer que le mostró el camino*.

Entre las piernas de una mujer. Nada dice de una marca de nacimiento. Nada acerca de un perro.

—¿Ese es el final?

—Ese es el final.

—¿Puede hacer el segundo poema también?

—Hay un epígrafe: *Per entro i mie' disiri, che ti menavano ad amar lo bene*. El amor que sentiste por mí te condujo al amor de lo bueno. Esto es el italiano antiguo de Dante. El poema dice esto: Cuando él era un *dandy*, un joven a la moda —¿entiende?— le gustaba mirar a una mujer en particular pero no podía tenerla, no podía poseerla. Ella lleva el cuello descubierto, ella hace mover su falda, algo por el

estilo. De modo que todo el deseo, el deseo masculino, asciende desde las partes íntimas de él, asciende a través de su sangre y su… —tendré que buscar la palabra correcta en español, es un término médico— hasta sus ojos. Clava la mirada en ella y a través de los ojos la posee. Luego, él va a una reunión pública y elige una chica bonita y la usa como un biombo o una pantalla, no está claro, algún tipo de cortina o tapadera, mientras que sus ojos devoran a la lejana, la mujer lejana cuyo nombre es Beatrice, *la modesta* (usa la palabra italiana o quizá la española, es la misma). La modestia, dice, es de ella la más alta virtud, también la gracia y la bondad. Luego dice: No tuve suerte, llegué demasiado tarde, viví demasiado lejos, solo tenía su imagen en mis ojos, la imagen que es como un pájaro que aletea en la memoria.

Este poema es difícil, mucho más difícil que el primero, en este tendré que trabajar más.

—Gracias. Como usted dice, es un poema difícil. Yo tampoco lo entiendo. Permítame que le pague y que me tome un tiempo para pensarlo… pensar si quiero que traduzca todo el conjunto.

Cuenta el honorario en billetes.

—Él dice Beatrice —dice la señora Weisz—. No es usted. Es la novia del poeta Dante.

—Exacto —dice ella—. La Beatrice del poema ha estado muerta por muchos años. Mientras que yo sigo viva. Adiós. Le avisaré lo que decida.

Entre la señora Weisz y ella se intercambia algo como una sonrisa de complicidad.

5. *El amor que sentiste por mí te condujo al amor de lo bueno*. Debería haber escrito: *El amor que sentí por ti me condujo al amor de lo bueno*. Eso lo hubiera hecho más claro: al separarse de su amada, o al ser separado de su amada, él convierte el dolor de la separación en un proyecto de hacer de sí mismo un mejor hombre.

Dante y Beatrice: él había usado el mito incorrecto. Desacertado. Ella no es Beatrice, no es santa.

¿Cuál hubiera sido el mito correcto? ¿Orfeo y Eurídice? ¿La

bella y la bestia?

6. Revisa el primer poema de vuelta, el poema que desconcertó al ordenador pero le habló con tanta claridad a la señora Weisz. *Homera i Dantego Alighieri* son claramente Homero y Dante, e *idealną różę* debe ser una rosa ideal. En tal caso, *wcześniej między nogami jego pani osiągając idealną różę* debe ser la parte sobre encontrar la rosa, sobre obtener la transcendencia mediante el amor sexual; pero encontrarla *entre las piernas de ella*, ¡qué modo tan vulgar de expresarlo! No era de sorprender que la señora Weisz se hubiera mostrado reacia al pronunciar esas palabras. *¿En qué me estoy metiendo?* Debe haber pensado para sí. *¿Vendrán cosas peores?*

Primero Pani Jablonska, luego la hija en Berlín —Ewa— y ahora la señora Weisz. El círculo iba ampliándose. Cuando Pani Jablonska separó el manuscrito para la misteriosa mujer de España, seguramente le habrá echado un rápido vistazo y habrá quedado impresionada por esa manifiesta intimidad, ya en la primera página. Y Ewa, a pesar de haberlo negado, debe haber visto el manuscrito también. ¡No era de extrañar que hubiese sido tan desdeñosa al teléfono! ¡Qué humillante! ¡Qué irritante!

7. Ella, Beatriz, viene de una familia culta. Su abuelo, el padre de su padre, había sido testigo de una quema pública de libros cuando estudiaba en la Universidad de Salamanca y nunca lo había olvidado. *Un verdadero acto de barbarie*, lo llamaba. A su debido tiempo se convirtió en profesor de ciencias jurídicas y reunió una considerable biblioteca, que tras su muerte fue heredada por su hijo mayor, el tío Federico. *Quemar libros es un preludio a quemar personas*, había dicho su abuelo, una declaración que se convirtió en parte del folklore familiar. El abuelo murió cuando ella tenía cinco años; lo recuerda como un hombre viejo y robusto con barba hirsuta y un bastón de mango de marfil.

Quemar cartas no es lo mismo que quemar libros. La gente quema viejas cartas todos los días de la semana. Las queman porque

no contienen nada de interés duradero o porque se han vuelto una vergüenza: cartas de un amor de infancia, por ejemplo. Lo mismo se aplica, más o menos, a los diarios. Pero los ochenta y cuatro poemas del polaco no son cartas, salvo en un cierto sentido, un sentido poco usual, ni tampoco constituyen un diario, salvo, una vez más, en un cierto sentido. Constituyen un manuscrito, esto quiere decir, el embrión de un libro. Quemar los poemas sería más similar a quemar un libro que a quemar viejas cartas. La pregunta es: ¿será quemar los poemas un acto de barbarie, un preludio a quemar gente?

La respuesta no es del todo obvia. En España el polaco es un nadie, y el registro de sus *affaires* amorosos carecen de interés. Sin embargo, allá en Polonia él no es un nadie. En Polonia podría haber algún grado de interés, acaso hasta un grado de orgullo, por lo que un destacado intérprete del gran compositor nacional polaco tenga para decir sobre el tiempo que pasó entre las piernas de una mujer. Quemar esos poemas, en efecto, podría constituir para los polacos un acto de barbarie. El acto civilizado sería devolver los poemas a Polonia, a algún Museo Chopin o Biblioteca Nacional Patriótica, para su colección de manuscritos. Devolverlos en forma anónima, eliminando todo rastro de sí misma, de modo que nadie pretenda tocar a su puerta, ahora o en el futuro, diciendo: ¿Es usted la Beatriz original? ¿Es usted la mujer de Barcelona entre cuyas piernas Witold Walczykiewicz tuvo sus revelaciones espirituales?

8. Durante días sopesa la pregunta: si debería quemar los poemas o debería, por el contrario, encargar a la señora Weisz la traducción (a no poco costo). Y si lo último aplicase: ¿estaría ella preparada para leer las traducciones de la señora Weisz y, por tanto, someterse a un probable dolor y a una probable humillación?

Sopesa la pregunta; luego, cuando todos los pesos han sido considerados, se libera de la carga y dedica su atención a otras cosas. La carpeta con los ochenta y cuatro poemas acaba en el último cajón de su escritorio.

Sin embargo, aun en el último cajón de su escritorio, los poemas se resisten a ser olvidados. Van ardiendo a fuego lento.

El polaco había escrito los poemas para decirle que había seguido amándola mucho después de esos días juntos en Mallorca. Pero lo mismo hubiera conseguido con una simple carta por correo: «Mi adorada Beatriz, desde mi lecho de muerte te escribo para decirte que te amé hasta el final. Tu fiel servidor, Witold». De modo que: ¿por qué *poemas*? ¿Y por qué tantos?

La respuesta solo puede ser: porque él quiso no meramente *decir* que la amaba sino demostrarlo, demostrarlo llevando a cabo por ella una tarea prolongada e inherentemente absurda. Y sin embargo, ¿por qué poemas? Si una labor prolongada y absurda era el criterio, ¿por qué no grabar el Sermón de la montaña en un grano de arroz y mandárselo en una cajita de plush?

La respuesta: porque, a través de sus poemas, él aspira a hablarle desde más allá de la tumba. Él quiere hablarle, cortejarla, para que ella lo ame y lo mantenga vivo en su corazón.

Hay buenos tipos de amor y malos tipos de amor. ¿Qué tipo de amor es ese que se va quemando día y noche *entre las piernas de una mujer* en el último cajón de su escritorio?

Cuando era joven, ella solía actuar por impulso. Seguía sus impulsos porque confiaba en ellos. Hoy en día es más prudente. La línea de acción prudente —no caben dudas— sería distanciarse del fuego, esperar a que se consuma por sí solo, y luego, acaso, si ella seguía sintiendo curiosidad, hurgar entre las cenizas.

9. En Mallorca, en la cama con ella, él lo había llamado su rosa, usando la palabra inglesa, *rose*. En ese momento le había resultado falso, una falsa palabra, y ahora, en sus poemas, la sensación de falsedad era la misma. No era en verdad una rosa, ni ninguna otra flor; ¿pero qué, entonces?

Recuerda cuando sus hijos estaban creciendo, la curiosidad infinita acerca de las chicas. Si las chicas no tenían *eso*, ¿qué tenían? No podía no ser nada; pero si no era nada, ¿qué podía ser? Curiosidad había; también horror. Los dos niños en el baño, salpicándose uno al otro, riendo, estridentes, sobrexcitados. ¿Pero *qué es* eso, *mamá*? Eso: *¿cómo se llama?*

Eso: de donde ellos venían, cubiertos de sangre y mucosidad, emergiendo al ruido y brillo del mundo. No era de sorprender que hubieran gemido —*¡es demasiado! ¡es demasiado!*—, no era de sorprender que hubieran clamado por acurrucarse de regreso en el antiguo nido, para chuparse el pulgar y dormitar en paz. Y ahora el polaco, un hombre grande —¡gigante!—, pero no menos infantil, emergía de su cuerpo y de su cama no menos confuso, no menos aterrado. *Eso*: la rosa que no es rosa.

10. Alardes. Así es como se defienden los hombres de la confusión. Sus hijos también, hasta donde ella sabe, hombres adultos ahora, hombres del mundo. *La conseguí, esa lista mujer de Barcelona. La apreté en mis brazos, estrujé su rosa*. La guerra entre hombres y mujeres, primigenia, interminable. *La tuve, fue mía, lean todo al respecto*.

Ella le había hecho daño. Ella lo había herido en su orgullo. Tras ese insulto, toda la labor de él había sido de autoprotección, hilando el nácar, capa tras capa, por sobre la herida. Ella lo había invitado a su cama y luego lo había echado. Su venganza hacia ella: congelarla, estetizarla, volverla un objeto de arte, una Beatrice, una santa de escayola a ser venerada y transportada en procesión por las calles. *Madre de la piedad*.

11. Pero, si él escribió los poemas para vengarse de ella, ¿cómo explicar el epígrafe del poema 10, atribuido a Octavio Paz, que Witold cita en inglés? *Una gran paradoja del amor: amamos simultáneamente un cuerpo mortal y un alma inmortal. Si no fuera por la atracción hacia el cuerpo, el enamorado no podría amar al alma que lo anima. Para el amante el cuerpo deseado es alma*. ¿Era también esa la historia de Witold? ¿Que amando el cuerpo de ella había llegado a amar su alma? Vale, era posible. Pero no responde a la pregunta: ¿por qué *su* cuerpo, por qué *su* alma?

Y pensando en Beatrice, en la verdadera Beatrice: ¿qué hizo que Dante la eligiera por encima de todas las otras mujeres? O si

pensaba en María. ¿Qué había en María llena de gracia que hizo que Dios decidiera visitarla por la noche? ¿Qué flexión del labio, qué arco de la ceja, qué contorno del glúteo? ¿En qué momento ella, Beatriz, la mujer cuyo trabajo era llevar al solista invitado a cenar aquella noche fatal de 2015, se convirtió en la destinada para él? ¿Qué había en *ella* que había producido ser elegida? ¿Dónde estaba lo divino en ella, esa noche? ¿Y dónde está lo divino en ella ahora?

12. De la nada, una llamada desde Polonia. *Vous parlez français, Madame?* Pani Jablonska, quien sonaba mucho más joven y más vivaz de lo que ella había imaginado que fuera. Disculpas por no haber respondido antes, pero había habido una crisis en la familia, había tenido que salir a toda prisa a Łodz, de hecho todavía estaba en Łodz. Disculpas por no haber sido capaz de abrirle el apartamento, disculpas por no haberla visto cuando estuvo de visita, ¿pudo recuperar todos los materiales que Witold había dejado para ella? El querido Witold, se lo echa tanto de menos. Y Ewa, siempre tan ocupada, y ahora teniendo que arreglar todo a la distancia: ¡qué poco conveniente!, ¡qué pena!

Ella, Beatriz, no está con ánimo de oír un torrente de palabras en una lengua poco familiar (*un peu plus lentement, s'il vous plait!*),pero hay cosas que le gustaría saber, cosas que solo la vecina polaca le puede contar. Cosas como, por ejemplo: ¿cuál fue el destino del apartamento donde pasó su solitaria noche polaca, un albergue aún rondado (si su experiencia cuenta) por el fantasma del antiguo dueño? O como por ejemplo: más allá de los poemas, ella, Pani Jablonska, ¿dispone de algún mensaje suplementario destinado a ella, Beatriz, la dama de Barcelona? O como por ejemplo (si se atreviera a preguntar): ¿acaso el difunto y lamentado Witold le mostró alguna vez sus poemas, en particular el primer poema, con su uso metafórico de la palabra *rosal*?

Usted sabrá, continúa diciendo Pani Jablonska, Witold poseía no solo uno sino dos apartamentos en el edificio —dos apartamentos lindantes— y había puesto entre ellos una puerta comunicante —eso había ocurrido en los noventas, cuando todo se

abarataba— pero, lamentablemente, todo esto había sido hecho sin el papeleo correspondiente, los constructores hacían las cosas *á l'arabe* en esa época, y ahora el apartamento que, en verdad, son dos apartamentos con dos direcciones postales, no se puede vender hasta que el papeleo no haya sido regularizado, lo que Ewa, pobre Ewa, está teniendo que hacer desde Alemania. Ewa contrató a gente con un camión para desalojarlo, los muebles, los libros, todo, incluido el piano de Witold, de modo que, en este momento está vacío, aunque no se puede poner a la venta, una tragedia.

À l'arabe: ¿qué querrá decir eso? ¿O habrá oído mal?

—Si puedo interrumpir —dice ella—, ¿Por casualidad Witold dijo algo sobre mí?

Hay un largo, largo silencio. Por primera vez se le ocurre que la historia de un traslado repentino a Łodz puede ser inventada, que Pani Jablonska puede no ser para nada la arrugada y pequeña vieja viuda vestida de negro, tal como ella se la ha representado, que la misma frase *la vecina de Witold* puede ser en sí misma un eufemismo no sin conexión con el cuento del doble apartamento con la puerta comunicante.

—Si no tuvo nada para decir, no importa —dice ella, rompiendo el silencio—. Gracias por ponerse en contacto. Es muy amable de su parte.

—Espere —dice Pani Jablonska—. ¿No hay nada más que quisiera saber?

—¿Sobre Witold? No, madame, no creo. Sé todo lo que necesitaba saber.

13. ¿No *hay nada más*? ¿Qué estaba amenazando con decir esa mujer? ¿Cuánto había sufrido el pobre Witold? ¿Cómo se había enfrentado a la muerte? No, ella preferiría que eso quedara en el secreto de la decencia.

Si ella abriera apenas un poco esa puerta, ¿quién sabe lo que acaso emanaría de la rendija?

14. Llama por teléfono a la señora Weisz.

—He decidido que traduzca usted todos los poemas, desde el principio hasta el final. Le enviaré todo el conjunto vía mensajería a la agencia de viajes, a su nombre, con la leyenda «personal». No quiero que nadie más los vea. ¿Puedo confiar en usted?

—Puede confiar en mí. La poesía no es mi fuerte, pero daré lo mejor de mí. ¿Podría hacerme algún pago por anticipado?

—Incluiré un cheque en la carpeta. ¿Quinientos le parece? — Quinientos estaría bien.

15. Tras una semana, un mensaje de la señora Weisz. Las traducciones están listas. La cuenta asciende a mil quinientos euros.

«Pasaré esta tarde a recoger las traducciones», responde ella.

Le abre la puerta un joven.

—Hola. ¿Es usted la señora que viene a por los poemas? Pase. Soy Natán. Mi madre no ha llegado a casa todavía, pero no tardará. Siéntese, por favor. ¿Quiere ver los poemas?

El joven le pasa un paquete abultado: sus fotocopias más las traducciones al español cuidadosamente impresas. Ella echa un vistazo a la primera. *La dama entre cuyas piernas* sigue estando ahí.

—He ayudado a mi madre de vez en cuando —dice Natán—. La verdad es que la poesía no es lo suyo.

—¿También hablas polaco?

—No mucho. Pero he leído un montón de poesía polaca. En Polonia, la poesía es una enfermedad, todo el mundo se contagia. Este poeta suyo, ¿cómo se llama?

—Walczykiewicz. Witold Walczykiewicz. Murió hace unos años. ¿Has estado alguna vez en Polonia?

—Polonia es una mierda. ¿Quién quiere ir allí? Antes la situación era mala. Ahora es peor.

Ella cae en la cuenta de que son judíos, Clara y su hijo, con buenas y suficientes razones para que no les guste Polonia.

—Walczykiewicz —el joven pronuncia el apellido como un hablante nativo, mejor de lo que ella lo hace, ella entre cuyas piernas ha yacido el portador de ese nombre—. No es un gran poeta,

¿verdad?

—La poesía no era su medio. En realidad fue músico, pianista. Fue conocido como intérprete de Chopin.

—Los poemas son bastante mediocres, pero hay unos pocos que destacan. ¿Hablan de usted?

Ella permanece en silencio.

—Estaba enamorado de usted. Apuesto a que sí. Si sabía que usted no podía leer polaco, ¿por qué no se los tradujo?

—El polaco era su lengua materna. Poesía solo se puede escribir en la lengua materna. Al menos eso es lo que me enseñaron. Quizá no le molestaba que yo no pudiera leer sus poemas. Quizá lo importante era expresarse a sí mismo.

—Quizá. Lo que me gusta de los poemas es que no son secos, o irónicos, como los de todos los demás. ¿Conoce a Cyprian Norwid? ¿No? Debería leerlo. Walczykiewicz es como Cyprian Norwid, solo que no del mismo rango. El mejor poema —ya lo verá— es donde él bucea hasta el fondo del mar y se encuentra cara a cara con una estatua de mármol, y se da cuenta de que es Afrodita… ya sabe, la diosa. La diosa tiene unos enormes ojos pintados que lo miran con atención sin poder verlo. Inquietante. Leí en algún sitio que el Mediterráneo está lleno de objetos de viejos naufragios —monedas, estatuas, vajilla, ánforas—. Me gustaría salir a bucear desde la costa griega alguna vez; quién sabe, a lo mejor tendría suerte.

—Witold no tuvo suerte.

El chico la mira extrañado.

—Quiero decir, que no era una persona con suerte. Si hubiera salido a bucear no habría encontrado una diosa. Habría vuelto con las manos vacías. O se habría ahogado. Así era él. ¿Qué es lo que estudias?

—Economía. No es lo mío, como diría mi madre, pero hoy en día hay que. Para progresar.

—Tengo dos hijos, un poco mayores que tú. No estudiaron economía pero no les fue nada mal. Han tenido éxito en sus vidas.

—¿Y qué estudiaron?

—Uno estudió bioquímica, el otro estudió ingeniería.

Podría haber dicho más sobre sus hijos, mucho más, pero no lo hace. Está orgullosa de sus hijos, del modo en que asumieron la responsabilidad por sus vidas desde temprano, como si sus vidas fueran empresas de negocios que necesitaran ser manejadas con firmeza y con sabiduría. Han salido a su padre, los dos. Nadie sale a ella.

—¿Y qué hará con los poemas? —pregunta el chico—. ¿Los va a publicar?

—No creo. Si no son muy buenos, como tú dices, y estoy segura de que estás en lo cierto, ¿quién querría comprarlos? No, no los publicaré, pero le prometí a Witold antes de que muriera que me encargaría de sus poemas, que los cuidaría. No se me ocurre mejor forma de decirlo.

Clara Weisz llega, los brazos llenos de paquetes.

—Lamento la demora. ¿Natán ya le ha enseñado los poemas? Espero que le gusten. No ha sido tan difícil como temía, una vez pusimos manos a la obra. Un hombre interesante este Walczykiewicz. Lo busqué en internet. Como usted dijo, fue pianista, pero ¿le contó alguna vez que cuando era joven, en los sesentas, había publicado un libro de versos? Lo que llamamos *publikacja ulotna*, una publicación efímera o una publicación fugaz. No era muy querido por las autoridades de aquel entonces.

—No sé demasiado de la primera parte de su vida. No fue un hombre muy comunicativo.

—Pues está todo en la Wikipedia en polaco, si puede leer polaco.

—Le hago un cheque ahora mismo. ¿Me dijo mil quinientos, menos el adelanto?

—Exacto. Mil. Traduje también las notas manuscritas, pero en páginas aparte. Ya lo verá.

—¡Ah! Pensé que las partes manuscritas pertenecían a los poemas, como revisiones, añadidos, ese tipo de cosas.

—No, no creo. Pero puede decidirlo usted misma.

Se despide. No volverán a verse, ella y los Weisz. Un alivio. Saben demasiado sobre ella. Y sin embargo, ¿cuánto es lo que saben

realmente? ¿Que tuvo un *affaire* con un hombre? Ocurre todos los días. ¿Que el hombre quedó con el corazón roto y escribió unos poemas sobre ella? Eso también pasa, aunque no todos los días. No, la vergüenza es que Clara Weisz, que no es nadie para ella y nadie para Witold, ha tenido acceso a lo que estaba pasando en el alma de Witold, un acceso más claro que el que ella, para quien habían sido escritos los poemas, tendrá jamás, puesto que debía haber tonos, ecos, matices, sutilezas en el polaco que ninguna traducción podrá transmitir jamás. Sin el menor esfuerzo, Clara Weisz se había convertido en la primera y mejor lectora del polaco, con su hijo en segundo lugar, mientras que ella llegaba rengueando detrás, en pobre tercer puesto.

16. Ella lee el resultado de la labor de Clara de principio a fin, rápido. No todos los poemas son comprensibles, aunque las versiones en prosa resultan notablemente lúcidas. De todas formas, ha obtenido finalmente una respuesta a su pregunta primordial. Los poemas no son un acto de venganza, para nada. Son, en el sentido más amplio, un registro del amor.

Ella relee un bloque de poemas hacia el final en que las frases «el otro mundo» y «la próxima vida» aparecen repetidamente. Los poemas deben datar de cuando el polaco se enfrentaba a la muerte y trataba de convencerse de que ese no era el fin de todo.

Ella trata de imaginar qué *deus ex machina*, habrá pensado él, lo extraería del mundo presente, un mundo de pérdida y aflicción, y lo instalaría en el próximo. Hasta donde ella puede imaginarlo: el traslado al otro mundo sería en un instante, de modo más o menos mágico. Luego la llegada de él al próximo mundo como adulto por completo formado, con una bolsa llena de los recuerdos y añoranzas de un adulto, tras lo cual empezaría a prepararse para el día en que ella también llegase, su Beatrice, a establecer un hogar con él en santo matrimonio. Le corre un escalofrió. Él está ansioso por volverla a ver, pero ella, ¿desearía verlo? La verdad es que para el momento en que la hija del polaco la había llamado para anunciarle su muerte, ella lo había prácticamente olvidado, o al menos lo había

movido a la papelera de lo ya-no-activo.

El duelo es un proceso natural. Todos los pueblos del planeta tienen rituales para el duelo. Hasta los elefantes los tienen. Ella, Beatriz, perdió a su madre pronto. La pérdida dejó un hueco abierto en su vida. Estuvo triste, estuvo en duelo, la echó de menos. Luego, en un cierto momento, el duelo llegó a su fin y ella siguió adelante. Pero el polaco no parece haber seguido adelante. Una vez que la perdió, estuvo en duelo y continuó estándolo, meciendo a su pérdida como una madre que se niega a entregar a su hijo muerto.

Él *dice* que espera ser reunido con ella en el próximo mundo, pero ¿qué puede significar algo así? Debe haber habido momentos en que, sentado solo en su inhóspito apartamento de Varsovia, él fue consciente de que la había visto por última vez. Para hacer soportable esa pérdida en la vida real, debe haber invertido todos sus debilitados poderes en invocar, crear, llamar a la vida a una *nueva* Beatriz, una versión transfigurada pero sustancial de ella misma, quien, lejos de echarlo y —aun peor— de olvidarlo, lo instaba por medios secretos, místicos, a preparar un hogar celestial para ella.

Ella no cree en la vida después de la muerte, excepto en el más metafórico de los sentidos. Cuando ella esté muerta, sus hijos la recordarán y la evocarán, con más cariño o con menos cariño. Acaso también la desmonten pieza por pieza con sus psicoanalistas (*¿Fue una buena madre? ¿Fue una mala madre?*). Mientras ellos sigan haciéndolo, ella seguirá disfrutando de un tipo de vida intermitente. Pero con la desaparición de esa generación, ella será arrojada a un archivo polvoriento, y allí quedará encerrada lejos de la luz del día por siempre jamás. Esto constituye su creencia, su creencia madura, de adulta; ella confía en que el polaco aceptaba, cuando no estaba absorbido en su música y su poesía, esa misma creencia también, confía en que él no creía *realmente* que habría otra vida en otro mundo donde los dos podrían encontrarse y disfrutar de la felicidad que el azar les había negado en su primera encarnación.

De modo que por qué escribir —y dedicar a ella— estos poemas de los últimos meses en que él esperaba con ansia verla de nuevo, poemas que firmemente evitan las preguntas que acosan a cualquier

teoría de una vida más allá. Preguntas tales como: ¿La amada no llegará acompañada por un séquito de esposos y amantes, todos ellos esperando ansiosamente pasar una vida más allá a su lado y en su cama? ¿Habrá celos en la vida más allá? ¿Habrá aburrimiento? ¿Habrá hambre? ¿Habrá digestión y evacuación? ¿Y las ropas? ¿Todos tendremos que llevar batas informes hasta los tobillos? Y la ropa interior… ¿estará permitido un adorno de lazo o todo deberá ser muy simple, muy puritano?

El cielo: una vasta antesala llena de almas apiñadas y dando vueltas en sus batas de uniforme, en ansiosa búsqueda de sus otras mitades.

17. No es del todo cierto que él eluda la pregunta por la apariencia física. En uno de sus poemas de la vida más allá escribe que él y ella se encontrarán desnudos, y luego confiesa que en el mundo presente —debe estar refiriéndose a Mallorca— había sido ocasión de vergüenza, para él, haber llevado a la mesa del amor nada más que su viejo y feo cuerpo masculino.

18. ¿Por qué es ella tan dura con él? ¿Por qué inspecciona ese legado poético con el escalpelo listo en mano? Respuesta: porque tenía la esperanza de más. Es difícil admitirlo, pero tenía la esperanza de que el hombre que la había amado hubiera usado ese amor, esa energía, ese *eros*, para darle vida mejor de lo que había logrado hacer. ¿Vanidad de su parte? Sí, quizá. Pero el polaco se pensaba como un artista en el antiguo gran sentido, un *maestro*, y un artista en el antiguo gran sentido (¡Dante!) le hubiera dado a ella una nueva vida que fuera creíble, que estuviera a salvo de una burla fácil de su parte. *Para el amante el cuerpo deseado es el alma*. El polaco había amado su cuerpo. El polaco ama su alma (eso dice él). ¿Pero dónde, en los poemas, ve ella el cuerpo transfigurado en alma?

El hijo de la señora Weisz pensaba que los poemas eran flojos, y en la mayoría de los casos, ella estaba de acuerdo. ¿Había visto también el polaco esa propia debilidad? ¿La había visto, y sin

embargo había continuado con sus garabatos, manteniéndose ocupado para no tener que ver la muerte que se le acercaba furtivamente?

Con la totalidad de ese patético proyecto desplegado sobre el escritorio, el proyecto de resurrección y perfeccionamiento de un amor que nunca estuvo firmemente fundado, ella se siente colmada por la exasperación pero también por la lástima. La imagen se va haciendo más y más clara frente a sus ojos: el viejo ante la máquina de escribir en ese horrible apartamento, tratando de forzar a la vida su sueño de amor, usando un arte que nunca ha dominado.

No hubiera debido incentivarlo, piensa ella. *Hubiera debido cortar todo el asunto de raíz. Pero no vi adonde conduciría. No vi que habría de terminar así.*

Ella pone las traducciones de vuelta en la carpeta. ¿Quién más, aparte de ella, querría leer estas cosas? Todo esto para nada, toda esa labor paciente, todo ese encajar un ladrillo arriba del otro. No hay siquiera un museo de la mala poesía donde pueda ser almacenado, junto con el resto del palabrerío que emerge de las manos de hombres como él, hombres que carecen del arte que da vida a la palabra. *¡Pobre viejo!* piensa ella. *¡Pobre tipo!*

19. ¿No se le ocurrió al polaco que podrían no lograr encontrarse en la vida más allá, y no porque no haya vida más allá sino porque el destino podría haberlo confinado a los sótanos mientras ella flotara por encima, en el Paraíso, eternamente inalcanzable?

20. ¿O lo contrario?

CAPÍTULO 6

Querido Witold:

Gracias por tu libro de poemas. Ni te imaginas cuánto rodeo han debido dar, pero al fin me han llegado en una versión que soy capaz de leer.

Natán, el hijo de mi traductora, un buen chico, aunque un poco atrevido, me dijo que el poema que más le había gustado era el de Afrodita, aquel en el que te hundes hasta el fondo del mar y encuentras a Afrodita en la forma de una estatua de mármol.

Si se supone que Afrodita debe representarme, si se supone que yo debería ser Afrodita, has cometido un error. No soy esa diosa en particular. De hecho no soy ninguna diosa.

Idem si se supone que debería ser Beatrice.

Te lamentas de que la Afrodita submarina te atraviesa con la mirada sin verte. Por mi parte, pienso que pude verte bastante bien, te vi por lo que eras y te acepté. Pero quizá tú querías más. Quizá querías que viera en ti un dios, lo que nunca hice. Mis disculpas.

Un poema que me conmovió especialmente fue el que trata de ti cuando eras un niño, un niño que recibe una lección de anatomía de parte de su madre. Durante todo el tiempo que tuve contacto contigo, lo confieso, ni una vez pensé en ti como un niño. Te traté como un adulto racional y esperé que me trataras de la misma forma. Ese puede haber sido otro error. Si hubiéramos dejado caer las máscaras de adultos y nos hubiéramos acercado el uno al otro como dos niños podría habernos ido mejor. Pero claro, volverse niño

no es tan fácil como parece.

Me hiciste una o dos propuestas que me resultaron desconcertantes; por ejemplo, que huyera contigo a Brasil, pero en realidad nunca me cortejaste. Ni tampoco me sedujiste al final. No tuvo lugar ninguna seducción, creo que estarás de acuerdo con esto.

Me hubiera gustado ser cortejada. Me hubiera gustado ser seducida. Me hubiera gustado que me hicieran los dulces cumplidos y me hubieran contado las mentiras halagadoras que los hombres les dicen a las mujeres con las que quieren acostarse. ¿Por qué? No sé y no me importa saberlo. Un anhelo de mujer, perdonable.

¿Por qué obedeciste tan sumisamente cuando te dije que te vayas y regreses a Valldemossa? ¿Por qué no me bombardeaste con súplicas? *¡No puedo vivir sin ti!* ¿Por qué nunca pronunciaste esas palabras?

Histrionismo, Witold; ¿nunca oíste hablar de histrionismo? Escucha a Chopin. Escucha las Baladas. Olvídate de tus pequeñas lecturas ceñidas. Abre tus oídos, por una vez, a los verdaderos intérpretes de Chopin, los entusiastas que gozan en el arte teatral de su música y no se molestan si dan en la tecla incorrecta de vez en cuando.

¿Y por qué no me escribiste, por qué no me llamaste cuando supiste que estabas muriendo? Hubiera sido tan fácil, mucho más fácil que escribir poemas. Tu vecina dice que en tus últimos años no hiciste más que trabajar en tus poemas. Ha dicho que dejaste la música. ¿Por qué? ¿Perdiste la fe?

Si tú fueras Dante, yo pasaría a la historia como tu inspiración, tu musa. Pero no eres Dante. La evidencia está ante nosotros. No eres un gran poeta. Nadie va a querer leer sobre tu amor por mí y —tras considerarlo con madurez— esto me alegra, me alegra y me alivia. Yo nunca he reclamado que escribieran sobre mí, ni tú ni nadie.

En caso de que lo hayas olvidado, este es el poema al que me estaba refiriendo, en su nueva apariencia castellana (sin

rimas).

POEMA 20

«¿Tú tienes uno?». Pregunté a mi madre
mientras ella me secaba tras el baño.
«No», dijo mi madre, «Yo soy la mujer,
la hecha para recibir,
mientras tú, mi pequeño joven,
eres el hecho para dar.
Tu pipi está hecho para dar —nunca lo olvides».

«¿Dar qué, mamá?».
«Dar alegría. Dar iluminación. Dar semilla
para que una y otra vez
estación tras estación
el nuevo cultivo siga brotando».

Dar semilla: ¿eso qué quería decir?
Yo solo vi oscuridad
En cuanto a *iluminación*
No vi ninguna
no hasta que ella llegó para hacer brillar su luz en mi camino
Beatrice.

Pero ¿qué le di
al entrar en su cuerpo
el cuerpo de todas las mujeres
el cuerpo de la diosa?
muerta semilla o ninguna
ni alegría
ni luz.

Coraje, dijo mamá.
Como la serpiente que se traga la cola

el tiempo no tiene fin.
Siempre hay un nuevo tiempo
una nueva vida
una vita nuova.
Pero ahora
mi pequeño príncipe
es hora de ir a la cama.

Un bonito poema, estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo.

Tuya,
Beatriz

Querido Witold:

Una segunda carta. No te preocupes, no habrá demasiadas. No pretendo convertirte en mi amigo secreto, mi acompañante fantasma mi miembro fantasma.

Para empezar, disculpas por mi diatriba de ayer. No sé qué me pasó. Puede que no seas Dante, pero tus poemas significan mucho para mí. Te agradezco por ellos.

Te escribo para decirte que espero que no hayas tenido un final demasiado doloroso. Cuando estuve en el apartamento de Varsovia, me encontré con tus cenizas en un tarro. Tu hija se había olvidado de llevárselas, o acaso fueron entregadas demasiado tarde, cuando ella ya había regresado a Berlín. Ese abandono de tus restos me resulta una actitud demasiado informal, aun para estándares contemporáneos, si no te molesta le expresión. Seguramente hay algún Acre de los Héroes en Varsovia, o algo así, donde podrías estar enterrado apropiadamente.

Tanto tu hija como madame Jablonska, quien la última

vez que supe de ella estaba en Łodz visitando a su familia, han sido discretas respecto de la forma de tu fallecimiento.

Toco este tema por las palabras manuscritas en el margen del penúltimo poema, el poema 83. Pensé que las palabras eran parte del poema, pero mi traductora no está de acuerdo. Me señala que no encajan en ningún lado, y además, no están ni en polaco ni en italiano, sino en inglés. Ella las llama «extra-poéticas». Las palabras en cuestión son: «Save me, my Beatrice».

Sálvame, mi Beatrice. Si las palabras pertenecen al poema y «Beatrice» es el ser celestial que tú adoptaste de tu amigo y mentor Dante, está perfecto, no digo más nada. Pero si Beatrice soy yo, y si cuando escribiste esas palabras estabas suplicándome que te salvara —que fuera y te salvara de la muerte— debo decirte, primero, que el mensaje no me llegó, ni en forma telepática ni en ningún otra, y, segundo, que aun si me hubiera llegado probablemente no hubiera acudido. No hubiera ido hasta Varsovia tanto como tampoco hubiera huido contigo a Brasil. Te tenía afecto (permíteme usar esta palabra), pero no de una forma lo bastante exorbitante como para abandonarlo todo por ti. Tú estabas enamorado de mí —no tengo duda al respecto— y el amor es, por naturaleza, exorbitante. Por mi parte, sin embargo, mis sentimientos tenían más matices, más complejidad.

Esto puede parecer una cosa despiadada de decir en un momento en que tú estás indefenso, pero esa no es la intención. Tú tenías todo el chirriante edificio filosófico del amor romántico detrás de ti, en el cual me introdujiste como tu *donna* y salvadora. Yo no tengo semejantes recursos, más allá de lo que considero un salvador escepticismo sobre esquemas de pensamiento que aplastan y aniquilan a los seres vivos.

Podemos ser honestos uno con el otro —¿no es cierto?— ahora que estás muerto. ¿Cuál sería el propósito de fingir? Acordemos ser honestos pero nunca crueles.

En espíritu de honestidad, no voy a fingir que me gustó el primer poema de la serie, y el modo burdo en que describes nuestras relaciones físicas. Sospecho que tu hija vio el poema y que eso influyó en su actitud hacia mí. Me trató como si fuera tu puta.

Tampoco me dejó gran impresión el segundo poema. En general no me gustan los hombres que se quedan mirando fijo a las mujeres. No me resulta seductor que me miren fijamente, en lo más mínimo. ¿Y qué es el *quimo*? (Esa la palabra de la traductora). El diccionario dice que es un fluido corporal, pero ¿cuál es el sentido aquí?

POEMA 2

Por encima de todo él imploraba verla,
viejo maestro por entonces joven galán.
Porque no podía tenerla
(cuello desnudo, faldas ondeantes, inimaginable).
toda la carga erótica ascendía por sus entrañas,
ascendía por la sangre, por el quimo,
hasta inundar su mirada viva.
Fijar la vista en ella era su modo de poseerla.
En reuniones públicas, elegía al azar a alguna chica atractiva
la ponía en su línea de visión, y parecía echarle miradas
(él la llamaba su pantalla).
mientras que secretamente era la lejana a quien él devoraba
su Beatrice
su presa
la modesta.
(Modestia alta entre sus virtudes:
modestia, gracia, bondad).
En lo que a mí toca, no tuve suerte,

llegué demasiado tarde, viví demasiado lejos
tuve solo su imagen sobre la que cerrar mis ojos
pobre cosa pequeña que aletea en los aposentos de la memoria.

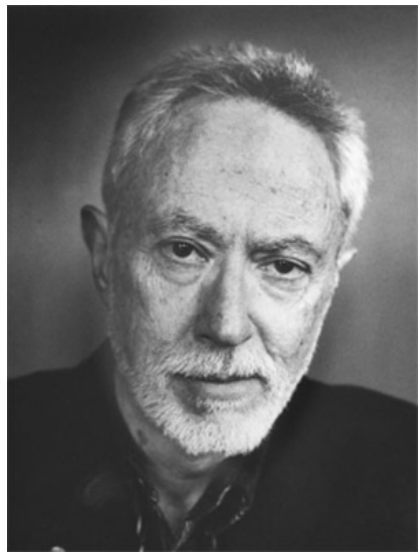
Me pareció un poema difícil, demasiado difícil para mí. Espero que la traducción le haga justicia. Tú serás el mejor juez. La traductora no era profesional.

La modesta. Gracias por eso. Gracias por tu alta opinión sobre mí. Trataré de vivir a su altura.

Pero se está haciendo tarde. Buenas noches, príncipe mío; es hora de ir a la cama. Que duermas bien. Dulces sueños.

Tuya,
Beatriz

P. D.: Volveré a escribir.



JOHN MAXWELL COETZEE nació en Ciudad del Cabo en 1940, y se crio en Sudáfrica y Estados Unidos. Es profesor de Literatura, traductor, lingüista y crítico literario. En 1961 se licenció, con honores, en Matemáticas y Filología Inglesa en la Universidad de Ciudad del Cabo. En 1962 trabajó en el Reino Unido como programador informático. Más tarde vivió en Estados Unidos, donde se doctoró en Lingüística en la Universidad de Texas, en Austin. Fue profesor de Literatura Inglesa en Buffalo, Universidad Estatal de Nueva York y, cuando regresó a Sudáfrica, en la Universidad de Ciudad del Cabo.

Publicó varias novelas, entre ellas *En medio de ninguna parte* (1977) y *Esperando a los bárbaros* (1980), ambas ganadoras del premio literario sudafricano CNA; *Vida y época de Michael K* (1983), *Booker Prize y Prix Fémina étranger; Foe* (1986); *La edad de hierro* (1990); *El maestro de Petersburgo* (1994); *Infancia* (1998); *Desgracia* (1999), nuevamente *Booker Prize; La infancia de Jesús* (2013), *Los días de Jesús en la escuela* (2017) y *La muerte de Jesús* (2019). También ha publicado los libros de relatos *Tres cuentos* (2016); *Siete cuentos morales* (2018) y varios libros de ensayos, entre ellos: *Contra la censura* (1996); *Costas extrañas* (2002); *Mecanismos internos* (2007); *Cartas de navegación* (1992) y *Las manos de los maestros Vol. I y II* (2016). En 2003 recibió el Premio Nobel de Literatura. Es uno de

los escritores más importantes de lengua inglesa. En la actualidad reside en Australia.